EL SEÑOR CURA

Vital Aza

EL SEÑOR CURA

COMEDIA EN TRES ACTOS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

VITAL AZA

Estrenada en el TEATRO DE LA COMEDIA la noche del 11 de Diciembre de 1890

SEGUNDA EDICIÓN

MADRID

R. VELASCO, IMPRESOR, RUBIO, 20

1892

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
DOÑA PETRONILA (1).........	SRA.	GUERRA.
DOÑA NICASIA...............	SRTA.	BERNAL.
CLOTILDE....................		MARTÍNEZ.
PURA.........................		RUIZ.
ESCOLÁSTICA...		CANCIO.
DON FELICIANO..............	SR.	MARIO.
MENÉNDEZ...................		ROSSELL.
RAFAEL.......................		BALAGUER.
DON RUPERTO..		G.ª ORTEGA (
JUANITO.....		MENDIGUCH
DON CELESTINO.............		MARTÍNEZ.
CARLOS......................		G.ª ORTEGA (
EL COADJUTOR..		FORNOZA.
POLICARPO..................		LACALLE.
MONAGUILLO................		MARTÍNEZ (
UN GUARDIA CIVIL..........		URQUIJO.

El primer acto en Madrid. El segundo y tercero e
pueblo de la provincia de...

(1) Este personaje habla con marcado acento andaluz.

ACTO PRIMERO

omedor modesto de una casa de huéspedes; puerta al foro derecha.—Foro izquierda (del actor), balcón saliente con macetas.—Puertas laterales.--Mesa-camilla en el centro de la escena.—Entre el balcón y la puerta del foro, aparador.—Una mesita entre las puertas laterales de la derecha.—Sillas, cuadros, etc.

ESCENA PRIMERA

levantarse el telón se oye dentro (primera derecha) un cornetín pistón que toca una polka. DON CELESTINO arregla unos ties s de claveles sobse la mesa del comedor. Arriba PURA y CLOTILDE

EL. ¡Anda! ¡Anda! ¡y cómo aprieta el vecino! Parece increible que haya pulmones que resistan esos trompetazos. Y no es fea esa polka. Trala-rá... (Tararea. Cesa el toque del cornetín.) ¡Vamos, descansa, hijo, descansa! ¡Qué hermosísimos están estos claveles! Pero esos demonios de chicos me los van á echar á perder. ¡Claro! Se pasan las horas muertas hablando con las vecinitas del tercero, y á veces se ponen de pie sobre las macetas... Cuide usted las flores para esto... Dale (Suena el cornetín.) ¡Vuelta otra vez con la polquita! trala-ra-la-rá. (Tararcando, lleva un tiesto al balcón. Cesa el cornetín.)

LOT.
URA } (Arriba.) Buenos días, vecino.

EL. Muy felices, señoritas. (Mirando hacia arriba.)





CLOT. ¡Qué hermosísimas se han puesto esas macetas!

CEL. Están á la disposición de ustedes.

PURA / CLOT. } Muchísimas gracias.

CEL. No hay por qué darlas; ¿y la tía?

CLOT. Tan buena, gracias.

CEL. Me alegro mucho.—Vaya, con permiso de ustedes, voy...

PURA / CLOT. } Vaya usted con Dios.

CEL. Servidor de ustedes. (Baja al procenio.) Son muy guapas las vecinitas. ¡Vaya si lo son! Y la tía es una jamona muy aceptable... ¡Sí, señor, que lo es!

ESCENA II

DON CELESTINO y DOÑA NICASIA

NIC. (Que entra con la cesta de la compra.) Buenos días, don Celestino.

CEL. Hola, doña Nicasia, ¿de la compra, eh?

NIC. Sí, señor, y vengo desesperada. Cada vez se ponen más caros los comestibles. ¿Cuánto dirá usted que me han llevado por esta escarola?

CEL. A ver, á ver. Ya sabe usted que soy inteligente en hortalizas. Medianillas, nada más que medianillas. Están poco jugosas. La falta de riego. A propósito; haga usted el favor de traerme un poquito de agua. Estos claveles están sedientos.

NIC. En seguida; sí, señor. Mire usted que dar cuarenta y cinco céntimos por esta porquería... Lo que está algo más arreglado es la fruta.

CEL. ¿Qué fruta tenemos hoy?

NIC. Albaricoques.

CEL. ¡Hombre!

NIC. Y fresas.

CEL. ¡Caramba! ¿Qué novedad es esta?

NIC. Que á don Carlitos le han hecho esta maña-

na *Dotor* en... en no sé qué... en eso de los pleitos.

CEL. ¿Sí? ¡No sabía nada! (Llevando otro tiesto al balcón.)

NIC. ¡Vaya un melón! (Sacando uno de la cesta.)

CEL. ¡Eh! (Volviéndose.)

NIC. ¡Costar esto tres pesetas!

CEL. ¡Ah!

NIC. Como ahora no los hay... ¡Qué caro está todo! Le digo á usted que yo no sé en qué piensa el Ayuntamiento.

CEL. Déjelo usted, déjelo usted, que tiene bastante en qué pensar. (Bajando.) ¿Conque ya se ha doctorado don Carlitos?

NIC. Sí, señor; y don Rafael ha dispuesto que se celebre hoy este acontecimiento. Mire usted... mire usted... langostinos... jamón en dulce... empanada de ternera ..

CEL. ¡Anda! ¡Anda! ¿Y quién paga todo eso? ¿Don Rafael?

NIC. Quiá, no señor; don Carlitos, que siempre está en fondos... Hoy le cuesta el almuerzo lo menos... ¿Quiere usted hacerme el favor de apuntarme ahí en cualquier parte?... En este papel. (Dándole una cuartilla de papel que estará sobre la mesa, junto al recado de escribir.)

CEL. Con mucho gusto.

NIC. Empanada de ternera.

CEL. «Empanada de ternera.» (Escribe.)

NIC. No recuerdo si han sido doce ó catorce reales... En la duda ponga usted cuatro pesetas.

CEL. Bueno.

NIC. Langostinos... ¿Sabe usted que ya no recuerdo lo que me han costado?... En fin, ponga usted un duro. Y si no, no ponga usted nada; don Carlitos no ha de desconfiar de mí.

CEL. ¡Quiá, es un buen muchacho! (Deja la cuartilla sobre la mesa.)

NIC. Muy bueno, sí, señor. Le aseguro á usted, y no porque esté usted delante, pero con huéspedes como don Carlos y usted sería yo pupilera toda la vida.

CEL. Muchas gracias.

NIC. De don Rafael tampoco tengo queja. Es

muy atolondrado y muy calavera; pero paga bastante bien, y eso es lo principal. El que es una calamidad es el señor Menéndez. ¡No he visto un músico más inaguantable en los días de mi vida! ¡Y si comiera poco! ¡Pero, hijo, es un pozo sin suelo! ¡Qué estómago tiene!

CEL. Sí, ¡y qué pulmones! (Suena el cornetín con la polquita de antes.)

NIC. Ya empieza la jaqueca.

CEL. ¡Quiá! Ya ha empezado hace rato.

NIC. ¡Ay, qué hombre! Me van á echar de la casa por culpa suya.

CEL. Déjelo usted.

NIC. (A la puerta primera derecha.) ¡Señor Menéndez, señor Menéndez! (Cesa el cornetín.) Cállese usted con dos mil de á caballo.

ESCENA III

DICHOS y MENÉNDEZ, con el cornetín

MEN. ¿Qué? ¿Qué hay? ¿Qué se le ocurre?

NIC. Que haga usted el favor de callarse. Está usted eternamente molestando á toda la vecindad.

MEN. ¡Señora! Cada uno vive de lo que vive. ¡Al que le moleste la música, que se aguante! Yo necesito ensayar.

NIC. Pues ensaye usted donde los cornetas. En la montaña del Príncipe Pío.

MEN. ¡Doña Nicasia, esa es una imbecilidad!

NIC. ¡Señor Menéndez, es usted un grosero!

CEL. Vaya, vaya. No se sulfuren ustedes.

NIC. Es que á mí no me gusta que se me insulte.

MEN. Ni yo tolero que se me falte.

NIC. ¡Pues págueme usted lo que me debe y está usted andando!

MEN. Sí, señor, que me marcharé. En cuanto saldemos la cuenta.

NIC. Pues que sea cuanto antes.

MEN. ¡Será... cuando sea!

CEL. ¡Calma! ¡Calma!
NIC. ¡El demonio del hombre!
MEN. ¡Vaya con la mujer!

ESCENA IV

DICHOS, RAFAEL y CARLOS por la primera izquierda

RAF. ¿Eh? ¿Qué es eso? Haya paz entre los ruines.
NIC. ¡Don Rafael!
RAF. ¿Qué pasa aquí?
NIC. ¡Nada! lo de todos los días (1).
RAF. ¡Pero, doña Nicasia! ¡Señor de Menéndez! ¿Es posible que han de estar ustedes en continua pelotera?
MEN. Es que yo me sublevo en cuanto me tocan el amor propio.
NIC. Y yo en cuanto me tocan el cornetín.
RAF. Pero, señora, sea usted más prudente, ya que el señor tiene la desgracia de tocar ese instrumento.
MEN. ¿Cómo desgracia?
RAF. Hombre, sí; porque si tocara usted la flauta, por ejemplo, no nos molestaría usted. Es decir, á nosotros no nos molesta, ¿verdad?
CAR. Nada absolutamente.
CEL. Al contrario, nos da muchísimo gusto.
RAF. Ya lo oye usted. El único que pudiera quejarse es ese, que se pasa la vida estudiando, y sin embargo...
CAR. ¡Claro! A mí, cuando estudio, no me molesta el ruido.
MEN. ¡Oiga usted! No creo que llame usted ruido á mis ejercicios musicales.
CAR. No, señor; nada de eso.
RAF. Por nosotros ejercítese usted todo lo que quiera.
CEL. Sí, sí; que se ejercite (2).

---

(1) Derecha del actor.—Menéndez—Rafael—Doña Nicasia—Don Celestino—Carlos.

(2) Menéndez—Doña Nicasia—Rafael—Don Celestino—Carlos.

NIC. Dé usted gracias (A Menéndez.) á que está usted en una casa de personas decentes, que si no, ya le hubiera despedido hace mucho tiempo.

MEN. Repito á usted que yo no me marcho de esta casa, mientras le deba á usted ese piquillo.

RAF. ¡Ah!... ¿Pero, usted debe un piquillo á esta señora?

NIC. Claro que sí. Me debe doscientas pesetas.

MEN. No, señora; no son más que cuarenta duros.

RAF. Cuarenta duros, son doscientas pesetas... (A Menéndez.)

MEN. ¡Ah!... sí, es verdad; pero es que esta señora lo ha dicho en pesetas, para que parezcan más.

RAF. ¡Bah, bah! No merece la pena de que riñan ustedes por unos cuantos duros. ¡Hoy es día de júbilo en esta casa!... ¡Carlitos, saca dinero!...

MEN. Oiga usted, que yo no permito...

RAF. Calle usted, hombre; si es para dárselo á doña Nicasia.

MEN. ¡De ninguna manera!... Mis deudas las pago yo...

NIC. (¡Ojalá!)

RAF. Corriente. Usted pagará sus deudas; pero el almuerzo de hoy lo paga éste. (Que ha recibido dinero de Carlos.)

MEN. (¡Ah, vamos!)

CEL. A propósito, que sea muy enhorabuena.

CAR. Muchas gracias.

MEN. ¿Por qué le da usted la enhorabuena?

CEL. Porque esta mañana se ha recibido de Doctor.

MEN. ¡Que sea por muchos años!... (1). (Dándole la mano.)

CAR. Gracias, señor Menéndez.

RAF. (Que está mirando el contenido de la cesta.) ¡Magnífico! ¡Será un gran almuerzo! Ahí van cincuenta pesetas. Cóbrese usted lo que haya gastado, y encargue usted á la muchacha

---

(1) Doña Nicasia—Rafael—Menéndez—Carlos—Don Celestino.

que se esmere en los platos Sobre todo, en la paella.

NIC. Voy, voy en seguida. Estaré yo al cuidado... Antes permítame usted... (Cogiéndole la cesta, y poniéndola en el suelo.) Yo no tolero que ni por un momento se turbe hoy la alegría de esta casa. Señor Menéndez... doña Nicasia... abrácense ustedes.

NIC. ¡Un demonio!

MEN. ¡Qué más quisiera ella!

RAF. Vamos, hagan ustedes las paces.

MEN. ¡Imposible!

NIC. ¡Ya lo está usted oyendo!

RAF. Doña Nicasia, perdónele usted.

NIC. ¿El qué, la deuda?

RAF. No, señora; las frases que hayan podido molestarla.

NIC. Las frases, sí se las perdono (Cogiendo la cesta.); pero lo que es los cuarenta duros... (Vase puerta segunda izquierda.)

MEN. Vaya usted mucho con Dios.

ESCENA V

DICHOS, menos DOÑA NICASIA

RAF. Conque ahí tienen ustedes al nuevo Doctor.

CEL. ¡Ya, ya!

RAF. ¡Valiente discurso les ha soltado á los del Tribunal!

CAR. ¡No exageres, hombre!

RAF. ¡Les digo á ustedes que este muchacho vale! ¡Vaya si vale!

CAR. Bueno, bueno; hablemos de otras cosas.

CEL. Y usted, ¿cuándo se doctora, don Rafaelito?

RAF. ¿Quién, yo? Pues, al paso que voy, me parece que nunca. El día menos pensado se cansa mi padre de mandarme dinero, y tendré que marcharme al pueblo, con la carrera á medio empezar.

MEN. ¿A medio empezar, y lleva usted ocho años?

RAF. ¿Qué quiere usted? Si lo que á mí me ocurre no le ocurre á nadie. El año pasado, no me

faltaban más que cuatro asignaturas para terminar; pues bien: ahora me faltan siete.

CEL. Pero, hombre, ¿y cómo es eso?

RAF. ¡Toma! Porque al actual Ministro de Fomento se le ha antojado aumentar tres asignaturas á la carrera. Créame usted, con estos cambios políticos, no estamos nunca seguros los estudiantes... los malos estudiantes... porque los buenos como éste, están bien con todas las situaciones... Pero, en fin, no hablemos de cosas tristes... Supongo que hoy no faltarán ustedes al banquete.

MEN. ¡Quiá, hombre, qué hemos de faltar!

CEL. Tendré mucho gusto. Yo pago los cigarros...

MEN. Y yo... me los fumo.

CAR. Aceptado.

RAF. Este quería que nos hubiéramos ido á la fonda; pero yo he preferido celebrar el acontecimiento aquí, en familia, porque ustedes son como de la familia...

CEL. Sí, hombre, sí; echaremos una cana al aire. Y si quieren ustedes que nos achispemos, cuenten ustedes conmigo. ¡Qué demonio!... Tratándose de jarana, estoy siempre dispuesto.

RAF. Perfectamente... Señor de Menéndez, ¿hoy no irá usted al teatro?

MEN. No, señor. ¡Para lo bien que nos pagan!... ¡Ya nos están debiendo dos decenas!

RAF. Corriente. Comeremos juntos.

MEN. Comeremos, sí, señor; comeremos todo lo que ustedes quieran; beber no, porque tengo muy mal vino, y podría hacer alguna barbaridad con doña Nicasia.

RAF. ¡No; mucha prudencia, por Dios, porque no estaremos solos! ¡Tendremos convidadas!...

MEN. ¿Convidadas?

RAF. Sí, señor.

CEL. ¿Las del tercero?

RAF. Justo.

CEL. Me lo calé en seguida.

RAF. Este está enamoradísimo de la Clotildita.

MEN. ¡Hola!

CEL. ¿Sí, eh?

CAR. No hagan ustedes caso. Ni me gusta ni n deja de gustar; pero este se empeña en qu he de hacerle el amor, y anda siempre co sus bromitas...

CEL. Pues, mire usted; son dos chicas muy gu pas y muy simpáticas; y la tía, ó lo qu sea...

RAF. Tía.

CEL. Bueno; pues, la tía, es una jamona de prim orden.

RAF. Ande usted con la tía.

CEL. ¡Justo! Don Carlos con Clotildita, usted co la otra y yo con la tía.

MEN. ¡Eso es! Y yo me quedo tocando tabletas.

RAF. No, señor; usted se queda tocando el corn tín, ó se dedica á hacer el amor á doña N casia.

MEN. Primero renuncio al almuerzo; y ya ve ust si eso sería para mí un sacrificio...

RAF. Voy á recordar el convite á las vecinas; sea que se olviden de lo que hablam anoche.

CAR. No se olvidan, no tengas cuidado.

RAF. (Desde el balcón.) ¡Pshis! ¡Clotildita! ¡Clotildi

CLOT. ¡Hola, Rafael! (Desde arriba.)

PURA Muy buenos días.

RAF. ¿Qué tal desde anoche?

PURA Perfectamente.

CLOT. ¿Y Carlitos?

RAF. ¡Hecho todo un Doctor!

CLOT. ¿Sí?

RAF. Desde hace una hora... Oye, Carlos, q quieren darte la enhorabuena.

CAR. ¡Con este hombre no se puede!

MEN. Vaya usted, vaya usted.

CEL. Ande usted. ¡Pero, por Dios, muchísimo cu dado con las macetas!

RAF. Aquí le tienen ustedes.

CAR. Buenos días. (En el balcón.)

PURA Que sea muy enhorabuena.

CLOT. Le felicitamos á usted.

CAR. Muchas gracias.

RAF. ¿Y la tía, por dónde anda?

PURA Aquí viene.

RAF. Señora...

PET ¡Felices, pollos! ¿Conque Carlitos ha terminado brillantemente su carrera?

RAF. Sí, señora. Ya es todo un hombre de posición y de porvenir... ¡de mucho porvenir!

PET. No esperaba yo menos. Hijo, créame usted que lo celebro con toda mi alma.

CAR. Gracias, señora.

RAF. No olviden ustedes lo prometido.

PET. ¡Pero, don Rafaelito! Oiga usted...

RAF. ¡Nada! Que no admitimos excusas.

PET. Bueno, bueno; no faltaremos.

RAF. Pues hasta luego. Nosotros tenemos que salir á comprar algunas cosillas. A las doce en punto el almuerzo. Ya lo saben ustedes.

PET. Bien, bien; hasta luego.

PURA, CLOT. Hasta después.

RAF. ¡Adiós, monísimas!

CAR. A los pies de ustedes. (Se retiran del balcón.)

RAF. Anda, chico, vamos á comprar esas botellas.

CAR. Como gustes.

RAF. (Desde la puerta segunda izquierda.) ¡Doña Nicasia, por la Virgen Santísima, que no se eche á perder el arroz!

NIC. Descuide usted, don Rafael. (Dentro.)

RAF. Hasta después, señores.

CAR. Hasta luego.

CEL. Vayan ustedes con Dios. (Vanse Carlos y Rafael.)

MEN. ¿Por lo visto, va á ser un buen almuerzo?

CEL. Sí, señor. ¡De cinco á seis platos!

MEN. ¿De cinco ó seis platos? ¡Soberbio! ¡Precisamente tengo hoy un apetito!...

CEL. (¡Cuándo no es Pascua!)

MEN. Ea, voy á arreglarme un poco. (Vase primera derecha.)

CEL. Hasta luego, señor Menéndez.

ESCENA VI

DON CELESTINO, luego DOÑA NICASIA, con un jarro de agua

CEL. La verdad es que esto de vivir con muchachos, le rejuvenece á uno.

NIC. Don Celestino, aquí tiene usted el agua que me ha pedido.

CEL. Gracias, señora. Haga usted el favor de regar esos tiestos; yo voy á ver si me pongo presentable. Como hoy tenemos convidadas..

NIC. ¡Ya, ya! Lo que no se le ocurre á ese don Rafael... (Va al balcón y deja el jarro. Campanilla.)

CEL. Han llamado. Salga usted á abrir.

NIC. Voy, voy. (Vase foro derecha.)

CEL. Como pueda, le hago el amor á doña Petronila. ¡Vaya si se lo hago! (Vase segunda derecha, tarareando la polka.)

ESCENA VII

DOÑA NICASIA y JUANITO

NIC. Pase usted, caballero, pase usted adelante.

JUA. Gracias, señora.

NIC. Usted dirá lo que desea.

JUA. Pues, mire usted, señora; desde abajo he visto ese papel en el balcón, y supongo que esta será una casa de huéspedes.

NIC. ¿Es usted de esos de la Hacienda? Porque le advierto que pago puntualmente mi contribución.

JUA. No, señora. Yo no estoy empleado en ninguna parte. Vivo de mis rentas.

NIC. ¡Ah! ¡Ya! Tome usted asiento.

JUA. Muchísimas gracias. (Se sientan.)

NIC. ¿De manera que usted desea una habitación? Pues precisamente tengo ahora un gabinetito precioso, con vistas al patio.

JUA. No es eso, no es habitación lo que yo necesito.

NIC. ¡Ah... vamos! No quiere usted más que comer.

JUA. Tampoco es eso.

NIC. Pues, hijo, entonces, usted dirá qué es lo que desea.

JUA. Pues deseo... ese balcón.

NIC. ¡Ave María Purísima!

JUA. Me explicaré, señora. Usted me parece una patro... digo, una persona...

NIC. Puede usted decir patrona, no me ofendo por eso.

JUA. Pues bien; me parece usted una patrona muy razonable, y creo que nos entenderemos.

NIC. Lo que es hasta la fecha...

JUA. Yo estoy en relaciones con una de las señoritas de arriba.

NIC. ¡Acabáramos!

JUA. Es decir, estoy en relaciones y no lo estoy, porque la tía me ha puesto la proa de un modo que...

NIC. ¿Se opone la tía, eh?

JUA. ¡Es una fiera, señora! Yo le tengo un miedo horroroso. El otro día me sorprendió hablando con mi novia por el ventanillo, y fué y me tiró por la rejilla un jarro de agua hirviendo.

NIC. ¡Qué barbaridad!

JUA. Si no me retiro á tiempo, me abrasa, créalo usted.

NIC. De modo que lo que usted quiere es...

JUA. Hablar con mi novia desde ese balcón.

NIC. Pues ande usted, pero cuidado con la tía.

JUA. No, si no es ahora. Yo quisiera venir todos los días muy tempranito. La tía no madruga.

NIC. Pero, caballero, eso es pedir demasiado.

JUA. Es que yo pagaré lo que sea.

NIC. ¡Ah, vamos!

JUA. Le daré á usted siete ú ocho duros al mes.

NIC. ¿Siete ú ocho duros? Por ese precio puede usted estarse al balcón de la mañana á la noche.

JUA. ¡Esa muchacha me tiene loco, señora!

NIC. ¡Ah! ¡Ya lo creo! ¡Es preciosa!... Y cuál, ¿cuál dice usted que es la que le gusta?

JUA. Purita.

NIC. Bien, pero, ¿cuál es Purita?

JUA. ¡Mi novia!

NIC. ¡Ah! ¡Ya! (Quedo enterada.) Pues, sí, señor, que es preciosa.

JUA. Muchísimas gracias.

NIC. No hay por qué darlas. (Campanilla.) Llaman; con su permiso. (Vase foro derecha.)

JUA. Vaya usted, vaya usted.—Si yo me atreviera á asomarme ahora... La pobrecilla no sabe que estoy aquí... Pero no, es muy capaz la tía de tirarme un tiesto á la cabeza... (Se oye dentro la voz de doña Petronila.) ¡Eh! ¡Esa voz! (Al foro.) ¡Dios mío! ¡La tía!... ¿Dónde me meto? (Puerta primera. Se oye un trompetazo.) ¡Ay! Usted dispense. (Sigue oyéndose la voz de doña Petronila.) No hay otro sitio... Aquí. (Se mete debajo de la mesa camilla del comedor, bajando las enagüillas, que habrán estado recogidas por delante.)

ESCENA VIII

DOÑA NICASIA, DOÑA PETRONILA y JUANITO debajo de la mesa

NIC. Pase usted, señora. (Dentro.) Ocúltese usted. (Mirando á la escena.) (¡Ah! ¡Vamos! Ya se ha escondido.) Pase usted adelante.

PET. Usted me perdonará que sin tener el gusto de tratarla...

NIC. Señora, entre vecinas.. Y sobre todo, basta que sean ustedes tan amigas de mis huéspedes, para que yo tenga un verdadero placer...

PET. Gracias.

NIC. (¿Pero dónde se habrá metido ese muchacho?) Tome usted asiento.

PET. Con mucho gusto, porque tenemos que hablar. (Se sienta.)

NIC. Usted dirá... (Debe de estar en la cocina.) (Se sienta al lado de la camilla.) (1)

PET. Pues, oiga usted, señora. (Juanito saca el brazo por entre las enagüillas de la camilla, y tira de la falda á doña Nicasia.)

NIC. ¡Ay! (Dando un salto.)

PET. ¿Eh?

NIC. (¡Ah!) (Viendo á Juanito.) Nada, señora, es el

(1) Doña Petronila, doña Nicasia y Juanito.

gato. Siga usted. (¡El demonio del chico, dónde ha ido á meterse!)

PET. ¿Ya sabrá usted que hoy estamos convidadas á almorzar en esta casa?

NIC. Sí, señora; ya me lo ha dicho don Rafael.

PET. Yo no me atrevía á aceptar, porque, francamente, cuando una tiene delicadeza... Pero son unos muchachos tan atentos siempre con nosotras, que no he querido desairarles.

NIC. Ha hecho usted bien. Es preciso celebrar eso de don Carlos.

PET. A propósito. De don Carlos es de quien deseaba yo hablar con usted. Dispénseme que abuse de su amabilidad, pero cuando una tiene á su cuidado dos sobrinas jóvenes... Las pobrecitas son huérfanas. Su papá, mi cuñado, era comandante de infantería. Un hombre muy pundonoroso y muy valiente, pero, hija mía, la muerte no respeta á nadie. Durante la última guerra carlista, y cuando ya estaba para ascender, se nos quedó el infeliz en un ataque...

NIC. ¿A la bayoneta?

PET. No; en un ataque apoplético.

NIC. ¡Ah!

PET. Pero, en fin, no hablemos de estas cosas. Como le iba diciendo á usted, Carlitos me parece un excelente muchacho.

NIC. Y lo es, sí, señora. De lo mejorcito que yo he conocido en el ramo de huéspedes.

PET. Su trato me gusta mucho. Nos vemos todas las noches en el café del Pasaje. ¿Usted no va nunca al café?

NIC. No, señora, no puedo.

PET. Pues mire usted. Es muy agradable, y hasta muy económico. Este invierno lo hemos pasado admirablemente. Nosotras no hacemos más que una comida. ¿Sabe usted? Y á las siete de la noche nos ponemos nuestras toquillitas, y al Pasaje. Nos ahorramos en casa la cena y la lumbre, y allí, en cambio, tenemos tertulia, luz, calor y música. Nos tomamos nuestro café con tostada cada una, y lo pasamos tan ricamente. Ya

ve usted que esto no puede ser más económico.

NIC. Pero, ¿cuánto les cuestan á ustedes los *cafeses?*

PET. ¡Nada! Todas las noches los paga don Carlitos.

NIC. Pues ya lo creo que la cena les sale á ustedes por una friolera.

PET. Yo todos los días tengo un disgusto por eso mismo; pero, hija, tanto Carlitos como Rafael son dos muchachos tan decentes y tan delicados, que no me atrevo á ofenderles.

NIC. ¡Claro!

PET. Y luego, como Carlitos y Clotilde parece que se entienden...

NIC. ¡Ya!

PET. Por eso tengo que sufrir ciertas cosas y ciertos convites.

NIC. Sí que se debe sufrir mucho con eso de que todas las noches la conviden á una. (Con sorna.)

PET. No lo sabe usted bien. Cuando una tiene delicadeza...

NIC. Es natural.

PET. ¿De modo que usted cree, como yo, que don Carlos es una buena proporción para mi sobrina?

NIC. Sí, señora; para su sobrina y para cualquiera.

PET. Su padre no está en España, ¿verdad?

NIC. No; está en Cuba. Cada dos ó tres meses le manda no sé cuántos miles de reales.

PET. ¿Sí, eh?

NIC. Todavía ayer cobró una letra de dos mil pesetas.

PET. Pero, ¡qué simpático es ese muchacho! ¡Nosotras le queremos mucho!

NIC. Pues ande usted que tiene un tío...

PET. ¿Rico también?

NIC. No, señora; un tío cura, que le quiere con delirio. Siempre le está mandando...

PET. ¿Qué? ¿Qué le manda?

NIC. Estampitas de santos, tarros de dulce y melocotones en conserva.

PET. ¡Melocotones! ¡Calle usted, por Dios! Le enternecen á una esas pruebas de cariño.

NIC. ¿Y de don Rafael? ¿Qué me dice usted de don Rafael?

PET. ¡Ah! Ese es un tuno muy largo. Sabe más que Merlín; pero poco he de poder ó le caso con Purita.

NIC. ¡Ejém!

PET. A ella le gusta más un títere, un tal Juanito.

NIC. ¡Ejém! (Juanito tira de la falda de doña Nicasia.)

PET. Un tonto; y á mí los hombres tontos me revientan, créame usted. Así es que le tengo prohibido que me vuelva á mirar á ese mequetrefe. (Movimiento de Juanito debajo de la mesa.) ¿Eh?

NIC. ¡Quieto, Morrongo! (¡Pobre chico!)

PET. El otro día le sorprendí hablándola por el ventanillo, y le tiré...

NIC. Un jarro de agua hirviendo.

PET. ¿Lo ha sabido usted?

NIC. No; pero me lo figuro.

PET. Pues, sí, señora. Eso ha sido. Y dió su resultado; porque ese tipo no ha vuelto á parecer por la vecindad.

NIC. Naturalmente. El gato escaldado...

PET. Vaya, señora, (Levantándose.) dispense usted que le haya interrumpido en sus quehaceres. Petronila Quiñones...

NIC. Usted es viuda, ¿verdad?

PET. ¡Ay, no señora! ¡No me recuerde usted ciertas cosas!

NIC. Vamos, es usted como yo, soltera de nacimiento.

PET. ¡Ay, no, hija mía! (Suspirando.) ¡Soy casada! Pero como si no lo fuera.

NIC. ¿Tiene usted al esposo ausente?

PET. Muy ausente, sí, señora. Tan ausente que no sé dónde está. No nos vemos hace diez y nueve años. Nos conocimos en Chiclana; yo vivía entonces con mi mamá y él estaba allí de médico; pero visitaba muy poco. Nos casamos, y un día, á los cinco meses de matrimonio, al empezar á comer, tuvimos un

disgusto, por nada, por una pequeñez... porque yo quería comprarme una *garibaldina*, que entonces estaban muy de moda. El se opuso rotundamente; me llamó derrochadora; yo sin saber lo que me hacíá, es decir, sí supe lo que me hice, cogí la sopera, y se la tiré á la cabeza; y él, entonces... furioso...

NIC. ¿Le pegó á usted una paliza?

PET. No, señora; cogió el sombrero, tomó la puerta de la calle y desapareció de Chiclana.

NIC. (Pues el hombre no ha podido ser más prudente.)

PET. Por más pasos que dí, no he conseguido averiguar su paradero. Yo me figuro que se habrá marchado á Buenos Aires.

NIC. Pues olvídele usted.

PET. ¡Ay, no puedo! ¡Todos los días, al sentarme á comer, en cuanto veo la sopera, me acuerdo de él; no lo puedo remediar! ¡Yo le quería! créame usted, pero hoy como me lo pusieran delante, era capaz de... (Transición.) En fin, no hablemos más de esto, porque me pongo nerviosa... Conque, el almuerzo es á las doce, ¿eh?

NIC. Sí, señora.

PET. Pues, hasta luego... No faltaré... He tenido tanto gusto...

NIC. Servidora de usted... Vaya usted con Dios...

PET. No se moleste usted...

NIC. No es molestia... Usted lo pase bien...

PET. Petronila Quiñones... Ya lo sabe usted...

NIC. Abur... (Vase doña Petronila.) ¡Pero, qué andaluzas tan largas se ven en este Madrid!... Vaya, voy á la cocina.

JUA. ¡Pshis!... ¡Señora!... (Asomando la cabeza.)

NIC. (¡Jesús!... Que ya me había olvidado del Morrongo...) Salga usted, hombre, salga usted...

JUA. Pero, ¿está usted segura de que ya se ha marchado?

NIC. Sí, señor, esté usted tranquilo.

JUA. ¡Ay, gracias á Dios! (Saliendo.) ¿Verdad que es una señora terrible?

NIC. ¡Sí que lo es!

JUA. Si á los cinco meses de matrimonio le tira

una sopera á su propio marido, figúrese usted lo que hará conmigo. Me tira á la cabeza toda la vajilla.

NIC. Es muy capaz, sí, señor... Con su permiso, voy un momento...

JUA. Quisiera pedirle á usted otro favor.

NIC. (¡Ay, qué pesado!) Usted dirá.

JUA. Como Purita bajará hoy á esta casa, según he oído, podría usted decirle... pero mejor será que le ponga cuatro letras.

NIC. Ahí tiene usted pluma y papel. Escriba usted lo que quiera. En seguida salgo. (Vase puerta segunda izquierda.)

ESCENA IX

JUANITO solo, luego DOÑA NICASIA

JUA. Sí; esto es preferible. (Escribe en el papel donde habrá comenzado la cuenta don Celestino.) «Purita mía Te quiero más cada día. Tú serás mía, aunque se oponga tu tía. Tuyo siempre, Juan Pérez García.» Perfectamente (Doblando el papel.) «Para Pura.» (Escribe.)

NIC. ¿Está ya eso?

JUA. Sí, señora. Hágame usted el favor de entregárselo con muchísima reserva.

NIC. Descuide usted. (Guardando el papel.)

JUA. Usted no se ofenderá si yo le pago por adelantado.

NIC. ¡Quiá, no, señor!... A mí lo único que me ofende es que no me paguen.

JUA. Pues ahí tiene usted ocho duros.

NIC. Muchas gracias.

JUA. ¿Podré venir mañana temprano?

NIC. Sí, señor; en cuanto amanezca, si usted quiere.

JUA. ¡Ay!... se me ha olvidado advertírselo á Pura.

NIC. Yo se lo diré de palabra.

JUA. Gracias, señora; no sé cómo pagar á usted tantos favores...

NIC. Pues, así, con ocho duros al mes.

JUA. Hasta mañana; no se olvide usted de la cartita.

NIC. ¡Quiá, no, señor! esté usted tranquilo.

JUA. Usted lo pase bien... Aquí cerca, Tudescos, 40, principal... (Vase.)

NIC. Tudescos, 40, ¿eh?... Vaya usted enhorabuena; ya sabe usted donde tiene su... su balcón. (Desde el foro.) ¡Abur! .. (Bajando al proscenio.) Creo que tiene razón doña Petronila... Este muchacho es tonto de capirote. ¡Mire usted que dar ocho duros por!... Vamos... al demonio se le ocurre!... (Se dirige á la cocina.)

ESCENA X

DOÑA NICASIA y DON CELESTINO, de levita y chaleco blanco

CEL. Doña Nicasia, ¿quiere usted hacerme el favor de abotonarme este cuello, porque hace media hora que estoy dale que le das... y no consigo?...

NIC. Venga usted acá... (Abrochándole el cuello de la camisa.) ¡Anda!... Pues no se ha puesto usted poco elegante.

CEL. Es natural, señora. Como huésped más antiguo, tendré que hacer los honores de la casa.

NIC. ¡Já, já! ¿A que le gustan á usted también las vecinitas?

CEL. Sí, señora; sobre todo, la tía.

NIC. ¡Don Celestino!...

CEL. Es una señora muy guapa y muy frescachona.

NIC. ¡Muy fresca... sí, señor; pero usted sí que está fresco!... Vaya, voy á la cocina. (Se dirige puerta segunda izquierda.)

CEL. ¡Cuidado con el arroz; no olvide usted el encargo de Rafaelito!... (Campanilla.) Deje usted, deje usted; yo saldré á abrir. (Vase por el foro, y vuelve en seguida.)

NIC. ¡Si vendrán ya las convidadas!

ESCENA XI

DOÑA NICASIA, DON CELESTINO, DON FELICIANO de manteos y sombrero de teja y DON RUPERTO, con un saquito de viaje

CEL. (Dentro.) Sí, señor; aquí es, pueden ustedes pasar.

NIC. ¡Eh!... ¿Quién será?

CEL. (Entrando.) Unos caballeros que preguntan por don Carlitos.

NIC. Pasen ustedes adelante.

FEL. Santos y buenos días tenga usted, señora.

RUP. Felices.

NIC. ¡Calle! (Á don Feliciano.) ¿Usted debe de ser el tío cura del señorito Carlos?

FEL. Servidor... y Capellán.

NIC. ¡Cuánto me alegro de conocerlo!

FEL. Muchísimas gracias.

NIC. ¿Y este señor, es también de la familia?

FEL. No. Este señor es el médico del pueblo.

NIC. ¡Ya!...

RUP. Para servir á ustedes.

CEL. Muy señor mío.

FEL. Ayer por la mañana me dijo que necesitaba venir á Madrid á comprar unos instrumentos, y como yo tenía tantas ganas de ver á mi sobrino y á San Francisco el Grande, le dije en seguida:—Le acompaño á usted.—Y dicho y hecho; nos metimos en la tartana, llegamos á la estación, pedimos dos billetes á Madrid, y aquí nos tienen ustedes.

CEL. ¿Acaban ustedes de llegar?

FEL. No, señor; hemos llegado á las ocho de la mañana. Mientras don Ruperto se fué á hacer esas compras, yo me estuve dos horas en San Francisco, mirando embobado aquellas pinturas y aquellas bóvedas. ¡Bendito sea Dios, y cuánta hermosura hay en ese templo!

CEL. ¡Ah... ya lo creo!... Es de primer orden.

FEL. ¿A que no saben ustedes, qué es lo que más me ha gustado?

NIC. ¿El altar mayor?

FEL. No, señora. Los púlpitos. ¡Qué ricos, qué severos, y sobre todo, qué sólidos! El que tengo en Villuela es de madera de nogal; pero está ya en tan mal uso, que el año pasado, predicando el día de la Purísima, se hundieron las tablas del fondo, y si no me agarro á la barandilla, aplasto á tres ó cuatro feligreses.

NIC. ¿Sí, eh?

FEL. Sí, señora.

NIC. Pero, tomen ustedes asiento.

CEL. Sí; siéntense ustedes.

FEL. Muchas gracias... (1) Sentémonos, don Ruperto.

RUP. Sí, que buena falta me hace... Estoy rendido de correr por Madrid toda la mañana. (Se sientan sólo don Feliciano y don Ruperto.)

NIC. ¿Vendrán ustedes por unos cuantos días?

FEL. No, señora. Nos marchamos hoy mismo. A la una de la tarde; en cuanto dé un abrazo á mi sobrino. No he querido venir desde la estación por no molestarle, porque supongo que dormirá algo la mañana.

NIC. ¡Quiá, no, señor! Si hoy á las ocho ya estaba en la Universidad.

CEL. ¿No sabe usted que ya se ha recibido de doctor?

FEL. ¡Sí! ¿Cuándo?

CEL. Pues, hace un momento.

FEL. ¿Es de veras? ¿Y qué tal? ¿Bien, eh?

CEL. Perfectamente.

FEL. ¡Cuánto me alegro!

NIC. ¡Vaya! Pues si dice don Rafaelito, su amigo, que su sobrino de usted sabe más que todos los profesores juntos.

FEL. Sí que sabrá.

NIC. Puede usted estar orgulloso de ser su tío.

FEL. Lo estoy, señora. Su padre quiere que después de terminada la carrera me lo lleve al pueblo, á mi lado, pero bien sabe Dios que quiero demasiado á Carlitos para imponerle

---

(1) Don Ruperto.—Don Feliciano.—Doña Nicasia.—Don Celestino.

sacrificio semejante. Me lo llevaré este verano conmigo, eso sí, para que se divierta y descanse de sus estudios; pero luego á Madrid otra vez... Aquí puede brillar, hacerse hombre, crearse un porvenir... Los pueblos no se han hecho más que para nosotros.,. ¿No es verdad, don Ruperto?

RUP. Precisamente para nosotros, no se han hecho, pero no tiene uno más remedio que aguantarse.

NIC. Ustedes desearán tomar alguna cosa.

FEL. No, ahora no; muchas gracias... Es decir, no sé si el médico...

RUP. Gracias, no tengo apetito.

FEL. Nos hemos desayunado esta mañana con unos botijos de leche de las Navas, y yo estoy como si en vez de la leche me hubiera tragado el botijo... No la he podido digerir.

CEL. ¿Pero se quedarán ustedes á almorzar?

FEL. Eso sí; creo que tenemos tiempo.

RUP. Señor cura, que se nos podría hacer tarde.

RUP. Mejor es que bajemos á almorzar en la estación.

CEL. ¡Calle usted, por Dios! ¡Pues no faltaba más! Hoy tenemos banquete en honor de su sobrino.

CEL. ¿Sí?

NIC. El almuerzo de hoy lo costea don Carlitos.

FEL. Muy bien hecho. Él lo costea... y yo lo pago.

RUP. Señor cura, que á la una en punto sale el tren, y mañana, sin falta, necesitamos estar en Villuela.

FEL. ¡Sí! No podemos quedarnos.

CEL. ¡Caramba! Crea usted que lo sentimos, porque pensamos divertirnos como si fuéramos todos unos muchachos. ¡Si hasta vamos á tener convidadas!

RUP. ¿Convidadas? (Muy alegre.)

FEL. ¡Ave Maria Purísima! (Se levanta.)

CEL. No, no se alarme usted, señor cura; se trata de una señora muy respetable y de dos sobrinas suyas monísimas. Es muy buena gente. Son vecinas de arriba y llevan mucha relación con nosotros.

FEL. ¡Ah, vamos!
RUP. Nos quedaremos, señor cura, nos quedaremos, ¡qué importa un día más!
FEL. Yo bien quisiera, pero mañana es domingo y no puedo faltar.
NIC. Con su permiso, voy á ver cómo va el almuerzo. Como hoy hay extraordinarios no me fío de la muchacha.
FEL. Hasta luego, señora. Vaya usted con Dios. (1) ¡Es simpática esta patrona!
RUP. ¿Dice usted que las señoras de arriba son muy guapas, eh? (Aparte á don Celestino.)
CEL. ¡Guapísimas!
RUP. Me quedo, me quedo á almorzar.
CEL. La tía, sobre todo, es una andaluza de primer orden, de Chiclana. Yo no sé todavía si es soltera, casada ó viuda; según la portera, es casada y está separada de su marido.
RUP. (¡Eh!) ¿Cómo se llama? (Alarmado.)
CEL. ¿Quién, la portera?
RUP. No; esa señora.
CEL. Doña Petrolina.
RUP. (¡Dios mío de mi alma!)
CEL. Ya verá usted, ya verá usted, qué mujer tan campechana.
RUP. (¡Petronila, de Chiclana, y separada de su marido! ¡No cabe duda, mi mujer!)
CEL. Señor cura, ya tiene usted al médico gozando con la idea del almuerzo... No hay más remedio que quedarse.
RUP. ¡No, de ningún modo! (Con decisión.)
CEL. Pero, hombre, ¿en qué quedamos?
RUP. Quedamos... en que yo, por lo menos, no me quedo. (Campanilla.)
CEL. Llaman. Deben de ser las vecinas. (Vase por el foro.)
RUP. ¡María Santísima!
FEL. ¿Qué es eso? ¿Se pone usted malo?
RUP. No, no es nada.
FEL. ¡Vamos! A usted también le ha hecho daño el botijo.

---

(1) Don Ruperto.—Don Celestino.—Don Feliciano.

RUP. ¡Qué botijo! (¡La sopera es lo que á mí me ha hecho daño!)

CAR. (Dentro.) ¡Tío, tío!

FEL. ¡Es Carlos!

RUP. (¡Ay, respiro!)

ESCENA XII

DON FELICIANO, DON RUPERTO, CARLOS, RAFAEL y DON CELESTINO; los dos últimos con unas cuantas botellas, que al entrar colocarán sobre la mesita de la derecha

FEL. ¡Venga usted acá, señor doctor!

CAR. ¡Tío de mi alma! (Se abrazan.)

FEL. ¡Bien, hijo mío, bien.! Déjame, déjame que te dé otro abrazo en nombre de tu padre, y este otro por tu madre, por aquella santa que está en el cielo, bendiciendo... (Enterneciéndose.)

CEL. ¡Vaya, vaya, señor cura, que hoy no es día de recuerdos tristes!

FEL. Sí, tiene usted razón. (Enjugándose las lágrimas.)

CAR. Cuánto celebro que haya usted venido hoy.

RAF. (Se nos va á aguar la fiesta.)

FEL. Te presento á este amigo, el médico de Villuela.

CAR. Muy señor mío.

RUP. Sea muy enhorabuena.

CAR. Gracias.

RAF. (Preséntame.) (Aparte á Carlos.)

CAR. Mi amigo Rafael Jiménez...

FEL. ¡Ah! ¿Es este el Rafael de que tanto me hablas en tus cartas?

RAF. Servidor de ustedes.

FEL. Déjeme usted que le abrace. Sé lo que quiere usted á mi sobrino, y yo se lo agradezco desde el fondo de mi alma.

RAF. Señor cura, yo no soy un amigo. Soy sólo un humilde admirador de quien es, por sus talentos, orgullo de la familia, gloria del foro y honra de la patria.

CAR. ¡Atiza!

FEL. ¡Bravo! (Qué simpático es este muchacho.)

CAR. Ustedes vendrán con apetito. Almorzaremos en seguida.

RAF. (No fastidies, hombre.) (Aparte á Carlos.)

RUP. No, no podemos quedarnos. Yo me marcho ahora mismo. Se me ha olvidado hacer una compra. (Muy intranquilo.)

FEL. Pero, aguarde usted un poco.

RUP. No puedo, no puedo. A las doce y media le espero á usted en la Central.

CAR. ¡Cómo! ¿Se va usted á marchar hoy mismo? (A don Feliciano.)

FEL. No hay más remedio (1). No podemos faltar. Hemos dejado el pueblo sin médico y sin cura...

RUP. ¡No puede ser, no puede ser! (A don Celestino.) Yo tengo muchos enfermos graves.

FEL. Y yo mañana necesito estar en Villuela. Es domingo, y además llegará el nuevo coadjutor y tengo que recibirle ..

CAR. Pues esperen ustedes al menos el tren de esta noche.

FEL. No; llega algo tarde al pueblo y como yo digo siempre la misa de alba...

CAR. Pues crea usted que lo siento mucho.

RUP. Adiós, señores, manden ustedes lo que gusten...

CAR. Servidor de usted.

RUP. Las once y media.—Dentro de una hora en la central.—Muy buenos días.—Despídanme ustedes de esa señora.

CEL. ¡Pero, hombre! ¿No quiere usted conocer á la andaluza? (Aparte á don Ruperto.)

RUP. ¡Imposible! (La conozco demasiado.) Hasta luego, señor Cura.

FEL. En seguida voy.

RUP. Servidor de ustedes.

CEL Páselo usted bien. (Le acompaña hasta el foro. Vase don Ruperto.)

---

(1) Rafael—Carlos—Don Feliciano—Don Ruperto—Don Celestino.

ESCENA XIII

DICHOS, menos DON RUPERTO

FEL. ¡Vaya con Carlitos! ¡Cuántas ganas tenía de darte un abrazo! ¡Ah! ¿Supongo que ya habrás telegrafiado á tu padre?

CAR. Sí, señor; ahora acabo de hacerlo.

FEL. Pues ya sabes lo que te he pedido en todas mis cartas.—¡Este verano á Viluela!—No te aburrirás, yo te lo aseguro.—Tengo ahora la huerta que es una delicia... Va á haber unos melocotones como mi cabeza. Por supuesto, los libros te los dejas aquí. Allí vas á descansar. ¡Bastante has trabajado durante la carrera!

RAF. ¡Ah, no lo sabe usted bien!

FEL. Conque cuento contigo, ¿eh?

CAR Sí, señor. ¡Con mil amores! Antes de cuatro días me tiene usted por allá. En cuanto arregle mis asuntos.

FEL. Pues ahora, toma. Ya que no puedo quedarme á almorzar con ustedes, deseo que se beban esas botellas á mi salud... (Sacando del bolsillo una moneda envuelta en un papel.)

CAR. Tío, por Dios...

FEL. Si no es más que una onza. La guardo hace tres meses sólo para tí.

CAR. Pero...

RAF. ¡Vamos! No desaires á tu tío!..

CAR. Bueno, muchas gracias.

FEL. ¡Tonto! No faltaba más sino que yo hubiera venido y no te hubiese dicho: Toma, ahí tienes esa friolera para que te diviertas con los amigos. (Se oye el cornetín, tocando la polka de antes.) ¿Lo ves? ¡Ya vienen las músicas á felicitarte!

RAF. ¡Já, já, já!

CEL No, señor.

CAR. Si es Menéndez; un compañero.

FEL. ¡Ah! ¿Tienen ustedes un músico en la casa?

RAF. Un cornetín de pistón, que nos vuelve locos.

FEL. Pues no toca mal. (Escuchando un momento y siguiendo con la cabeza el compás de la polka.) Muy afinado y con mucha limpieza. (Cesa la música.) Yo, en mis mocedades, he tocado también el cornetín; pero el Rector del Seminario se empeñó en que ese instrumento estaba reñido con la liturgia, y tuve que abandonarlo; pero todavía, todavía, me atrevía yo á...

CEL. ¿Sí? ¡Señor Menéndez!... ¡Señor Menéndez! (Puerta primera izquierda.)

FEL. No, déjelo usted.

CEL. Haga usted el favor... (Desde la puerta.)

RAF. Se lo presentaremos á usted.

ESCENA XIV

DICHOS y MENÉNDEZ con el cornetín

MEN. ¡Qué! ¿Está ya ese almuerzo? ¡Ah!

RAF. El señor Cura de Villuela, tío de Carlos. (1)

FEL. Servidor.

RAF. El señor Menéndez, artista notable y músico de corazón.

CEL. ¡Y de pulmones!

MEN. ¡Sí, señor; de pulmones! Aquí hay salud, y robusteá... y... fortaleza.

FEL. Y gusto para tocar.

MEN. ¡Eh!

RAF. El señor Cura domina también ese instrumento.

MEN. ¿Sí?

FEL. No, no tanto; cuando muchacho tocaba un poquito, pero ahora... Eso sí, conozco quién lo hace bien, y quién lo hace mal; y usted, por lo poco que le he oído, tiene una afinación, una delicadeza, y una...

MEN. ¡Señor Cura, venga esa mano! Gracias á Dios que encuentro en esta casa una persona con sentido común. (2)

---

(1) Menéndez, don Celestino, Rafael, Carlos y don Feliciano.
(2) Don Celestino, Rafael, Menéndez, don Feliciano y Carlos.

RAF. Muchas gracias.

MEN. Sí, ¡la verdad! Ustedes no son como el señor, que sabe apreciar las dificultades de los instrumentos. Le advierto á usted, señor Cura, que yo estoy muy acostumbrado á las ovaciones.—Me han aplaudido hasta en la plaza de toros.

FEL. ¿También es usted torero?

MEN. No, no señor; hablo de cuando yo tocaba en la banda que iba á la corrida.

FEL. ¡Ah!

MEN. Había una polkita con un obligado de cornetín... ¡Verá usted! Hacía así. (Si el actor no sabe imitarlo con la boca, puede colocarse el verdadero cornetín en la concha del apuntador, y tocar el obligado.) Aquello era el delirio.

FEL. ¡Oiga usted! También tocaba yo una polka bastante dificil... Tenía unos *dobles picados* y unos *redobletes*... A ver, á ver, haga usted el favor. (Cogiendo el cornetín.)

RAF. ¡Hombre, sí; oigamos!

FEL. No sé, no sé si podré... ¡Buen instrumento! ¿No molestaré á nadie, eh?

MEN. ¡Quiá, no señor!

FEL. Pues vamos allá. (Intenta tocar, pero no puede.) ¡Nada! No me sale.

MEN. ¡Es claro! Ha perdido usted ya la costumbre.

FEL. Lo que he perdido es la dentadura.

MEN. ¡Así me gusta á mí el clero! Amante de la musica, que por algo se la ha llamado divino arte.

FEL. ¡Sí que me gusta! En el pueblo, todos los domingos tenemos música. Se reunen los mozos y las mozas, delante de la Iglesia, y, allí, acompañados por un clarinete, un figle y un tambor, bailan y cantan que es una delicia.

MEN. Venga otro apretón de manos. ¡Qué lástima que sea usted Cura!

FEL. ¡Hombre!

MEN. ¡Sí, señor! Un artista como usted debía ser por lo menos obispo...

FEL. Pues ya me contentaría con que me hicieran

nada más que canónigo.—Vaya, señores, con su permiso.—Carlitos, quisiera cepillarme un poquito.

CEL. Pase usted aquí, á mi habitación.

FEL. Hasta luego, señores.

MEN. Vaya usted con Dios.

FEL. (Qué simpáticos son todos estos huéspedes.) (Vanse don Feliciano y Carlos, puerta primera izquierda.)

ESCENA XV

DICHOS, menos DON FELICIANO y CARLOS. Luego DOÑA NICASIA

CEL Me gusta este señor Cura, porque es un hombre muy corriente.

MEN. ¡Y muy inteligente!

RAF. Y muy prudente, que no se queda á almorzar con nosotros.—¡Ea! Menéndez, á descorchar esas botellas.

MEN. Venga un sacacorchos.

RAF. Ahí vá.

MEN. *Champagne de la Veuve* (Leyéndolo como está escrito.) *de Clicquot.* (Se dispone á descorchar.)

RAF. ¡No! El Champagne no lo descorche usted ahora.

MEN. Ay, es verdad.

RAF. Ande usted con el Jeréz.

MEN. *Tío Pepe.* (Buena persona debe de ser este tío.) (Va descorchando botellas y bebiéndose algunos tragos.)

NIC. Cuando ustedes quieran, por mí ya se puede almorzar. (Entra con el mantel y las servilletas.)

RAF. En seguida, en cuanto se marche el señor Cura.

NIC. Déjenme ustedes ir poniendo la mesa. (Campanilla.)

CEL. Yo abriré, yo abriré. (Vase foro. Dos campanillazos seguidos.)

RAF. Esas son las vecinas.

NIC. (¡Qué hambre deben de traer las condenadas!)

CEL. (Dentro.) ¡Adelante, señoras!

PET. ¡Hola! Don Celestino. (Dentro.)
PURA / CLOT. Muy buenos días. (Dentro.)

ESCENA XVI

DOÑA NICASIA, RAFAEL, DON CELESTINO, DOÑA PETRONILA, CLOTILDE y PURA.—Doña Petronila viene con una ensaladera cubierta con un papel y atado éste con una cinta muy vistosa

RAF. ¡Pasen ustedes adelante!
PET. ¿Les hemos hecho á ustedes esperar?
RAF. No, señora.
NIC. Servidora de ustedes.
CEL. Tomen ustedes asiento.
PET. Muchas gracias.
RAF. Pero, señora; ¿qué trae usted ahí?
PET. Hijo mío, que no es regular que nosotras viniéramos convidadas á comer sin traer nuestro regalito.
RAF. ¿Algún plato de dulce?
PET. No, (Desatando la cinta y quitando el papel.) es una ensalada de lechuga.
RAF. ¡Ah!
NIC. (Se ha corrido la señora.)
PET. Es mi plato predilecto. Tengo un tino para aderezar estas cosas, que ya verán ustedes.
RAF. Muchísimas gracias. (Coge la ensaladera y la lleva sobre el aparador. Viendo á Menéndez que continúa bebiendo traguitos.) ¡Pero, señor Menéndez!
MEN. (No hago más que quitar el polvillo de los tapones.)
RAF. Bueno, pues no tanta limpieza. Venga usted y le presentaré á esas señoras. Aquí tienen ustedes á nuestro amigo el artista señor Menéndez.
PET. ¡Ah! ¿Este caballero es el del instrumento?
MEN. Servidor de ustedes.
CLOT. Desde arriba le oímos á usted perfectamente.
NIC. Ya lo creo que le oirán ustedes; y desde Carabanchel se le oye á este hombre.
MEN. (¡Doña Nicasia!)

PURA ¡Esta mañana estaba usted tocando una polka preciosa!

MEN. Muchísimas gracias.

PET. ¡Tiene usted una gran embocadura!

NIC. ¿Embocadura? Ya lo verá usted cuando se siente á la mesa.

MEN. (¡A esta patrona le voy á romper algo!)

RAF. (¡Calma, hombre!)

PET. Pues, lo que es hoy tiene usted que lucir su habilidad. Después de almorzar nos tocará usted alguna cosita para que bailen las niñas.

PURA
CLOT. } ¡Ay, sí, sí!

CEL. ¡Eso, eso! Bailarán las niñas y bailaremos nosotros.

PET. ¿Usted también? ¡Já, já, já!

CEL. ¡Sí, señora, yo! ¡No me conoce usted todavía!

PET. ¡Ay, qué gracioso es este don Celestino!

CEL. ¡Hoy vamos á echar la casa por la ventana!

PUEA
CLOT. } ¡Eso, eso!

CEL. ¡Que haya alegría, mucha alegría!

RAF. ¡Señores, por Dios!

PET. ¿Qué pasa?

RAF. Que ahí dentro está el señor Cura.

PET. ¿Qué Cura?

RAF. El tío de Carlos.

PET. ¡Ah, vamos! El tío de los melocotones.—Niñas, un poquito de formalidad. Sentaos.

CLOT. Con permiso de don Celestino, vamos al balcón á coger algunos claveles.

CEL. Con muchísimo gusto. (¡Adiós mis macetas!) (Va con ellas al balcón.)

ESCENA XVII

DICHOS, DON FELICIANO y CARLOS

FEL. ¡Te digo que no, vamos! Que no quiero que bajes á la estación.—¿Lo ves? Ya tienes aquí á los convidados.—Señora... (A Petronila.)

PET. Servidora humildísima.

RAF. De marcha ¿eh?

FEL. Sí, no hay más remedio.

CLOT. (En el balcón.) ¡Estos, estos son preciosos!

PURA Pues yo me llevo también esta rosa.

PET. ¡Niñas!

PURA
CLOT. } ¿Qué? (Se vuelven con algunas flores en la mano.)

PET. Besen ustedes la mano del señor Cura.

FEL. No, déjelas usted.

CLOT.
PURA } Con mucho gusto. (Le besan la mano.)

FEL. Muy hermosas y muy modositas.

CLOT.
PURA } Muchas gracias.

PET. La educación, señor Cura, la educación que reciben.

FEL. ¿Son hijas de usted?

PFE. No, señor, sobrinas.

FEL. ¡Dios las bendiga!—¡Ea! No quiero entretener á ustedes.

RAF. Que lleve usted feliz viaje, señor Cura.

CAR. Aguárdenme ustedes; en seguida estoy de vuelta.

FEL. Pero, hijo, por Dios. Que vas á hacer esperar á estos señores... Si yo te lo agradezco lo mismo. Abajo tomaré un coche... y...

CAR. Por lo menos le acompaño á usted hasta la Central.

FEL. Bueno, bueno. Sea hasta la Central; pero es una bobada; ya me acompañarás este verano en el pueblo todo lo que quieras.

PET. ¿Cómo? ¿Se va usted á llevar á Carlitos este verano?

FEL. Sí, señora. Me ha prometido ir á verme dentro de unos días, y se lo agradezco en el alma, créame usted. Yo detesto la soledad. Mi mayor placer sería tener siempre media docena de personas en la mesa; pero, por desgracia, me paso la vida completamente solo.

PET. Solo no, con el ama.

FEL. No, señora; no la he tenido nunca. Vivo con una criada vieja, que es la que está al frente de la casa. Es muy buena, aunque muy gru-

ñona, y la pobre es tuerta del derecho; pero en cambio tiene un ojo para las comidas... Ya verás, ya verás qué platos nos pone. ¡Es una gran cocinera!

CAR. ¿Sí, eh?

FEL. ¡Anda! El otro día, que hubo un funeral de primera en el pueblo, me llevé á comer á la casa rectoral á los ocho sacerdotes que fueron á la función, y nos puso Escolástica un estofado de carnero y un arroz con leche, que aquello era una bendición de Dios! Sólo de recordarlo se me abren las ganas de comer; pero ustedes también tendrán apetito y no quiero que por mi causa retrasen el almuerzo...

PET. ¡Ah! De ningún modo.

FEL. Señora, en Villuela tiene usted un amigo y un párroco para lo que usted guste mandar.

PET. Muchísimas gracias.

FEL. Señoritas...

CLOT. Adiós, señor Cura.

PURA Vaya usted con Dios.

FEL. A usted no le digo nada, señora. (A doña Nisia.) Que se conserve usted tan buena, y que me eche usted á éste para el pueblo cuanto antes.

NIC. Vaya usted descuidado, señor Cura.

FEL. Adiós, don Rafaelito.

RAF. Adiós, señor Cura.

FEL. Caballero... (A don Celestino.) Mándeme usted lo que guste.

CEL. Deje usted mandado por aquí.

FEL. Adiós, compañero. (A Menéndez, que continúa bebiendo.)

RAF. ¡Eh, Menéndez!

MEN. ¡Eh!

FEL. ¡Dios le conserve á usted esos pulmones y ese labio!

MEN. Y á usted esa inteligencia. (Le besa la mano.)

FEL. Adiós, señores. Que ustedes se diviertan.

PET. Abur, señor Cura.

RAF. Feliz viaje.

MEN. Vaya usted enhorabuena.

TODOS Usted lo pase bien.

RAF. Que no tardes, ¿eh? (A Carlos.)
CAR. En seguida estoy de vuelta. (Van todos hasta el foro despidiendo al señor cura. Cuando se ha marchado, bajan todos con gran algazara.)

ESCENA XVIII

DICHOS, menos DON FELICIANO y CARLOS

RAF. ¡Ea, ea, doña Nicasia! ¡Vivito! No sea que se pase el arrroz.
NIC. Déjeme usted acabar de poner la mesa.
PET. Nosotras le ayudaremos á usted. Niñas, á servir de algo. (Doña Petronila se pone una servilleta á modo de delantal. Ella y las niñas ayudan á doña Nicasia á poner la mesa.)
CLOT. En seguida.
PURA Con mucho gusto.
CEL. ¡A trabajar, á trabajar!
RAF. ¿Qué hace usted ahí, hombre? (A Menéndez, que no cesa de beber traguitos.)
MEN. Estaba echando un párrafo con el *Tío Pepe.*
NIC. (¡Ay, que ya me olvidaba de la carta!) (A Clotilde, aparte.) Diga usted, señorita, ¿cuál de ustedes dos es Pura?
CLOT. Mi hermana.
NIC. Gracias... (A Pura.) Oiga usted, señorita.
PURA ¿Qué?
NIC. Tome usted esto, y que no se entere la tía.
PURA ¿Qué es? (Toma el papel.)
NIC. De su novio de usted.
PURA (¡Ah!)
CLOT. (¿Qué te ha dado?) (A Pura.)
PURA Una carta de Juanito.
CLOT. ¿A ver qué te dice?
PURA (Leyendo.) *Empanada de ternera.*
CLOT. ¿Eh?
PURA Es por el otro lado. «Purita mía...»
PET. Pero, niñas... (Pura guarda precipitadamente el papel.) ¿Qué es eso? ¿No trabajáis?
PURA Sí, tía, sí. Eso hacemos.
PET. Oye, Clotilde.
CLOT. Mándeme usted.

PET. Ya has oído que el tío Cura piensa llevarse á Carlitos...

CLOT. Sí, señora, ya lo sé.

PET. Bueno; pues es preciso que antes de que se marche quedéis en algo formal.

CLOT. Pero, tía, ¿yo qué he de hacer? ¡Si él no me dice nada! ¡Si es lo más soso!...

PET. ¿Soso, eh? ¡No sabéis catequizar á los hombres!...

RAF. ¡Señoras... señores! (De pronto y bajando al proscenio.)

PET. ¿Qué?

CEL. ¿Qué hay?

RAF. Una idea felicísima, que acaba de ocurrírseme.

PET. ¡Lo creo, porque es usted el mismísimo demonio!

PURA
CLOT. } ¡A ver... á ver!...

CEL. Venga esa idea. (Todos rodean á Rafael.)

RAF. ¿Ustedes ya han oído que Carlos se va á marchar uno de estos días?

CEL. Sí, señor.

PET. ¡Desgraciadamente!

RAF. ¿Ustedes han oído también que el tío Cura es un hombre muy amante de la sociedad, y que le gusta tener convidados á su mesa?

PET. Pero, Rafaelito, hijo mío, ¿á dónde va usted á parar?

RAF. A Villuela. ¡Y ustedes conmigo!

CLOT. ¿Eh?

PET. ¡Jesús!

CEL. ¡Hombre, muy bien pensado!

RAF. ¿Lo ven ustedes?... Don Celestino opina como yo.

PET. ¡Pero, qué ideas tan graciosas se le ocurren á este chico!

CLOT. ¡Graciosísimas!

NIC. Pues yo no le encuentro maldita la gracia.

RAF. Doña Nicasia, no se alarme usted; será una ausencia de cuatro ó cinco días. ¿Lo aprueban ustedes?

CEL. Desde luego.

PET. Hijo, yo no sé.

CLOT. ¡Sí, tía!...

PET. Pero, ¿qué va á decir Carlos?

RAF. Se alegrará muchísimo. Y el tío también... ¡Ya verán ustedes cómo nos divertimos!... ¡Un viaje de recreo!... Y de hacerlo, cuanto antes. Esta noche salimos de aquí, y mañana sorprendemos al señor Cura.

CEL. ¡Aprobado, aprobado!

CLOT. ¡Sí, tía, sí!

PET. Bueno. Siendo por pocos días...

MEN. ¡A Villuela... á Villuela! (Poniéndose sobre una silla.) Cuenten ustedes conmigo...

NIC. Eso sí que no. Los señores, irán porque pueden; pero usted...

MEN. ¡Señora!... (Algo alcoholizado.)

NIC. Digo que usted no me sale de aquí, sin abonarme los cuarenta duros...

MEN. ¡Patrona... á la cocina! (Bajándose de la silla.)

NIC. ¡Oiga usted, grosero!...

PET. ¡Señora, por Dios!

CEL. ¡Calma, calma!

RAF. Señor Menéndez, comprenda usted que hay señoras...

MEN. ¡El *Tío Pepe!* ¡Esto ha sido *Tío Pepe!* (Llaman.)

RAF. Ese debe de ser Carlitos. (Vase doña Nicasia á abrir.)

CEL. ¡El anfitrión!

PURA (¿Por qué le llamará anfitrión?) (A Clotilde.)

CLOT. (¡Mujer, porque ya se ha doctorado!)

RAF. Recibámosle con toda solemnidad.

TODOS ¡Sí, sí!

RAF. Señor Menéndez: la marcha real.

CEL. ¡El es... él es!... (Desde la puerta del foro.)

RAF. ¡A la una, á las dos, á las...! (Se colocan en dos filas á la puerta del foro. Menéndez toca la marcha real en el cornetín. Todos los demás acompañan tarareando.)

ESCENA ULTIMA

DICHOS y CARLOS

CAR. ¡Señores, señores... no tanto!

CEL. ¡Viva el nuevo Doctor!...

TODOS ¡Viva!... (Menéndez sigue tocando.)

RAF. ¡Basta, hombre, basta ya! (Toque de silencio en el cornetín. Doña Nicasia vase puerta segunda izquierda y vuelve en seguida.) ¡A la mesa, á la mesa!... (Mucha animación y movimiento.)

MEN. ¡Santa palabra!

NIC. Señora... (A doña Petronila.) usted aquí.

CEL. Y yo á su lado de usted.

RAF. Ustedes, niñas, en este lado.

PET. A Carlitos colóquemelo usted junto á Clotilde.

RAF. Naturalmente.

CAR. Con mucho gusto.

RAF. Yo aquí, entre ustedes dos. (Entra Pura y doña Petronila.)

MEN. ¡Y yo aquí!

PET. Anime usted á esa niña, porque hoy no sé lo que le pasa. (Por Pura.)

RAF. ¡Ajajá!

NIC. ¿Quieren ustedes que les sirva? (Saliendo de la puerta segunda izquierda.)

RAF. ¿Cómo servirnos, señora? ¡Usted es hoy una de las personas convidadas! Siéntese usted...

NIC. ¡Pero, don Rafael!...

CAR. Sí, señora, sí; siéntese usted.

CEL. Que sirva la muchacha.

RAF. Colóquese usted ahí. ¡Al lado de Menéndez!

NIC. ¿Eh?

MEN. (Levantándose con los platos y el cubierto.) Siéntese usted, señora; yo me voy á comer á la cocina. (Vase puerta segunda izquierda.)

RAF. ¡Pero, Menéndez!...

CEL. ¡Señor de Menéndez!

PET. ¡Hijo, por Dios!...

NIC. ¡Déjenlo ustedes, déjenlo ustedes! ¡Manuela, sirva usted el almuerzo!

MAN. (Dentro.) ¡Ya vá, señora, ya vá! (Se sientan todos. Mucha alegría. Hablan todos á un tiempo.)

MEN. ¡El arroz! (Se presenta levantando en alto una gran cazuela con el arroz, que podrá figurarse con salvado ligeramente humedecido y adornado con recortes de paño rojo, que figuran pimientos. Al presentarse Menéndez, todos le reciben con un aplauso. Al acercarse á la mesa, dá un traspiés y se le cae al suelo la ca-

zuela, que debe hacerse pedazos, derramando todo el arroz. Consternación general.)

PET. ¡Jesús!

PURA ¡Dios mio!

CEL. ¡La paella!

CLOT. ¡Qué lástima!

NIC. ¡Animal!

RAF. ¡Pero, señor Menéndez!

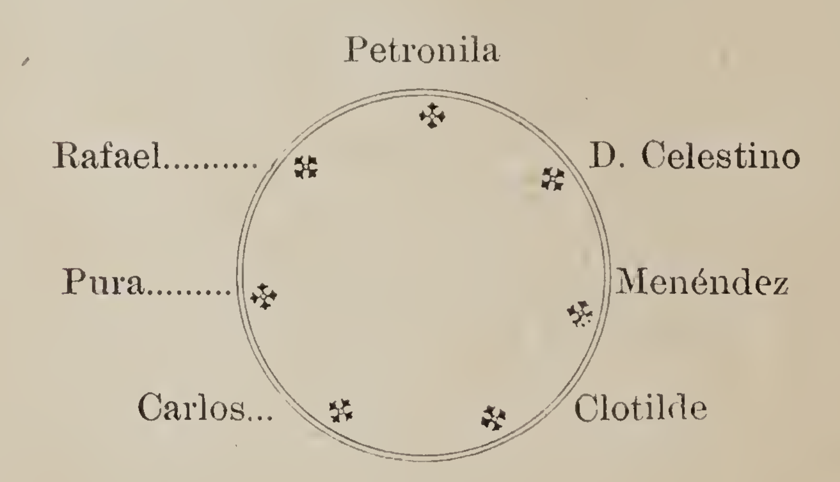
MEN. ¡El *Tío Pepe!* ¡Esto ha sido el *Tío Pepe!*

CUADRO.—TELÓN

FIN DEL ACTO PRIMERO

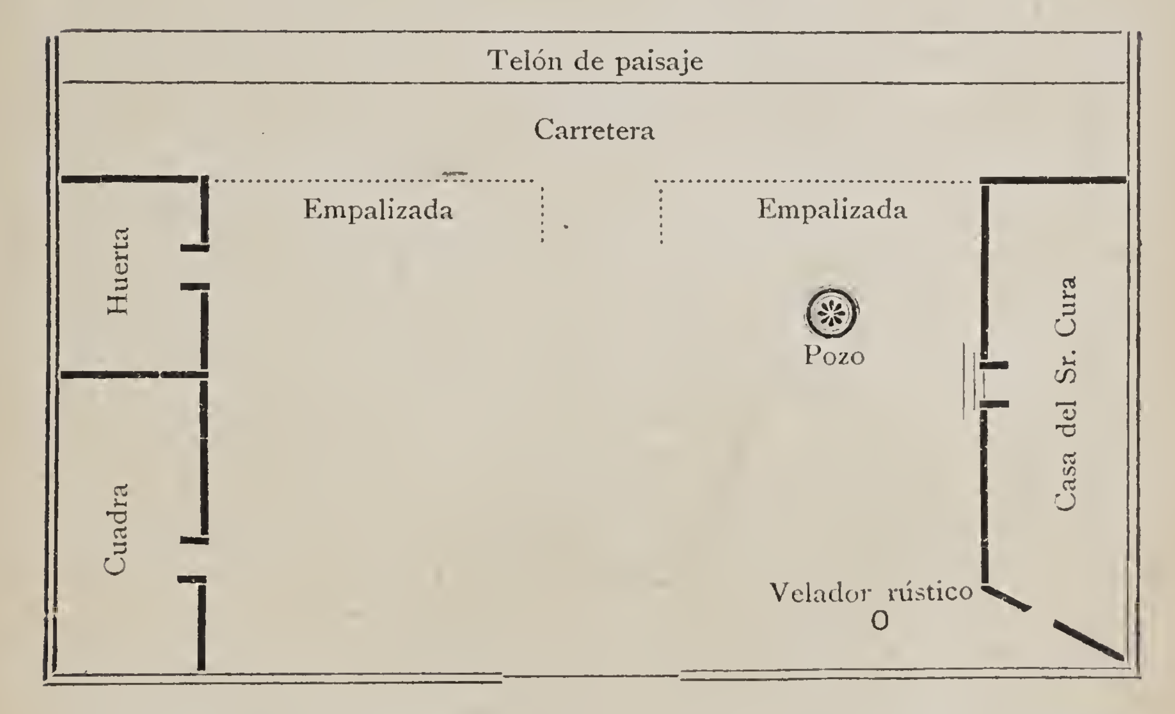
COLOCACIÓN DE LOS PERSONAJES

EN LA MESA



ACTO SEGUNDO

PLANTA DE LA DECORACIÓN



Corralada de la casa del señor Cura.—Al foro empalizada con puerta en el centro.—Se supone que esta valla separa la finca de la carretera.—Telón de paisaje alegre á todo foro.—En la izquierda la casa del señor Cura.—Puerta con dos escalones en la planta baja.—Balcón saliente en el piso principal.—En el chaflán que dá al público, ventana baja.—En la derecha, primer término, la cuadra, con puerta de una hoja que abre hacia la escena.—Sobre la puerta, una ventana, que se supone del pajar.—Esta ventana, que estará cerrada, se abre desde la escena con un cordel sujeto al pestillo, y que colgará hasta una altura conveniente.—Desde la cuadra á la empalizada del foro, la tapia de la huerta, con puerta en último término.—Pozo de bombilla y con brocal algo alto, en último término izquierda.—Un velador y varias sillas rústicas.—Debajo de la ventana del chaflán, un banco de madera.

ESCENA PRIMERA

ESCOLÁSTICA tendiendo ropa blanca en el balcón Entre las prendas colgadas habrá dos sobrepellices planchadas. Se oye, no muy lejano, el toque de misa. Luego POLICARPO

ESC. (Mirando hacia la tapia de la huerta.) ¡Jesús! ¡Las gallinas en el semillero de los tomates! ¡Bueno me lo van á poner! ¡Chiss! ¡Chiss! (Espantándolas.) ¡Sí! ¡Que si quieres! ¡Policarpo!... ¡Policarpo!... ¿Por dónde andará ese animal? ¡Policarpooo!

POL. (Saliendo de la cuadra y desperezándose.) ¿Qué? ¿Qué hay?

ESC. Pero, ¿en dónde estás *metío?*

POL. En la cuadra, cumpliendo con mi obligación...

ESC. Ahí debías estar siempre, *piazo* de bárbaro.

POL. Me estoy *too* el tiempo que me da la gana.

ESC. Pues mejor fuera que estuvieses en la huerta, espantando las gallinas.

POL. ¡Mejor le fuera á usted tenerlas *encerrás* en el corral!

ESC. Es claro, porque á tí se te antoje.

POL. El mejor día á *toos* esos bichos les retuerzo el gañote.

ESC. ¡Naturalmente! No hay más que retorcer.

POL. ¡Pues, sí, señor, que lo hago, así Dios me salve!

ESC. Calla, zoquete, no profanes el santo nombre de Dios.

POL. *Miste, señá* Escolástica, ya estoy *cansao* de...

ESC. ¡Animalote! ¡Más que animalote!

POL. Que no me falte usted porque...

ESC. Vaya, vaya, menos voces; no sea que despiertes al señor Cura.

POL. Por respetos á él, aguanto lo que aguanto, que si no...

ESC. Andando á la huerta, si no quieres que se lo diga en cuanto se levante.

POL. Ya voy, ya voy... (¡El demonio de la bruja! ¡Si no hay tuerta que sea buena!) (Vase por la puerta de la huerta.)

ESCENA II

ESCOLÁSTICA, el MONAGUILLO, de ropón y roquete y con un manojo de llaves

ESC. ¡Matarme las gallinas! ¡Pues así que me cuesta á mí poco trabajo el criarlas!

MON. (Llega corriendo desde el foro derecha.) ¡Señora Escolástica! (Entra en la corralada.)

ESC. ¿Qué hay?

MON. Dice el señor Toribio que no se olvide usted de mandar esta tarde una sobrepelliz, que la que tiene el señor Cura en la sacristía está ya como un trapo.

ESC. Dile al sacristán que yo sé lo que tengo que hacer, que no necesito que él me lo enseñe, y que ya que es tan limpio, bien podía quitarse los lamparones de la ropa, que el domingo *pasao* se puso á ayudar á misa con una chaqueta que era un asco el verla.

MON. Es que dice que el otro día se le cayó encima todo el aceite de la lámpara de San Antonio.

ESC. Sí, eso lo dirá él; pero ya sé yo de sobra en dónde se cae tóo el aceite de la iglesia; en la alcuza de su mujer

MON. Conque, ¿qué le digo?

ESC. Pues lo que te dé la gana.

MON. Está bien. ¡Adiós! (Echa á correr.)

ESC. ¡Ah! ¡Oye!

MON. Mándeme usted. (Volviendo.)

ESC. ¿Cómo es que tocaban á misa hace poco?

MON. Porque la está diciendo el nuevo Coadjutor.

ESC. ¿Pero qué? ¿Ha *venío* ya?

MON. Sí, señora; esta mañana. El señor Cura dejó dicho que si llegaba y quería decir la misa de ocho, que la dijera, y por eso la está diciendo.

ESC. ¿Y qué tal facha tiene?

MON. Muy buena; parece un buen señor.

ESC. *Malegro*, porque lo que es el que se murió... ¡Dios le *haiga perdonao!*

MON. ¡Amén! (En el mismo tono que si lo contestara en la misa.) ¿Quiere usted algo más?

ESC. Espérate. ¿Vas ahora á la iglesia?

MON. Sí, señora.

ESC. Pues vas á llevar esta sobrepelliz, que ya está seca.

MON. Como usted mande. (Se retira Escolástica del balcón después de recoger la sobrepelliz. El Monaguillo le hace burla cuando ella se retira del balcón. Se apoya en la empalizada y repiqueteando con las llaves sobre la madera, canta la siguiente copla):

«Tres bichos hay en el pueblo
que me causan calentura:
el boticario, el albéitar
y la criada del Cura.»
Tralará, tralará. (Bailando.)

ESC. (Saliendo á escena.) ¡Hola!... ¿*Paece* que estás de buen humor?

MON. Sí, señora.

ESC. Toma... y que la pongáis donde no se manche, que están los cajones de la sacristía con cuatro *deos* de polvo. ¡Valientes Adanes estáis el sacristán y tú!... ¡No pensáis más que en las pitanzas!

MON. ¡Toma... á lo que estamos, tuerta!...

ESC. Oye, tú, deslenguado...

MON. ¡Ay, usted perdone; si ha sido sin querer!... (Yéndose.)

ESC. ¡El demonio del sinvergüenza! (El Monaguillo vase corriendo foro derecha y canta, alejándose, la copla anterior. Escolástica, que ha oído toda la copla.) No he visto gente peor *educá* que estos monaguillos. No tienen respeto á *naide:* ni á los santos.

ESCENA III

ESCOLÁSTICA y GUARDIAS CIVILES 1.º y 2.º, en traje de marcha, por el foro derecha. Se detienen al ver á Escolástica

GUAR. 1.º ¡Hola!... Buenos días, señora Escolástica.

ESC. Muy buenos los tengan *ustés*.

GUAR. 1.º ¿Qué tal el señor Cura? ¿Cómo le ha ido por Madrid?

Esc. ¡Pobre señor!... Si no estuvo más que unas horas. Llegó hoy al amanecer, y en cuanto dijo la misa de alba, se metió en la cama, sin desayunarse siquiera, porque el infeliz venía *molío*, y ahí está durmiendo como un santo.

Guar. 1.º Vaya, pues que descanse y dele usted memorias.

Esc. ¿No quieren ustedes pasar?

Guar. 1.º No, señora; llevamos mucha prisa.

Esc. ¿Qué, ocurre alguna *noveá?*

Guar. 1.º No; vamos de servicio, como todos los días

Esc. Menos mal.

Guar. 1.º Hasta la tarde. (Vanse los Guardias por la izquierda.)

Esc. Vayan ustedes con Dios...—¡Si á mí me hubiese *ocurrío* pensar en el matrimonio, me hubiera *casao* con un Guardia *cevil!* ¡Son *tóos* tan buenos mozos... y tan hombres de bien... y tan!...

ESCENA IV

ESCOLÁSTICA, DON FELICIANO, que abre la ventana del chaflán, que hasta este momento habrá estado cerrada

Fel. (Santiguándose.) *In nómine Patris et Filii...* (Abriendo completamente la ventana.) Así... Qué entre la gracia de Dios.

Esc. ¡Calle!... ¿Ya está usted *levantao?*

Fel. Sí, hija; me acosté á las cinco, y son ya las nueve; me parece que cuatro horitas de sueño bastan y sobran.

Esc. De fijo que le han *despertao* á usted las voces de Policarpo. ¡Es más bruto ese hombre!

Fel. ¿Las voces de Policarpo? Yo no he oído gritar á nadie más que á tí.

Esc. Me oiría usted gritar riñendo con Policarpo, porque, mire usted, señor Cura...

Fel Bueno, mujer, bueno. No te incomodes conmigo también. Has de tener un poquito de paciencia. La religión nos manda sufrir resignadamente los vicios y defectos de nuestros prójimos...

ESC. Pero, es que...

FEL. San Pablo lo ha dicho: «Con resignación y paciencia, poseeremos nuestras almas.»

ESC. Sí lo diría; pero yo le aseguro á usted que si San Pablo hubiera *tenío* un *criao* tan bruto...

FEL. Pero, mujer, ¿no me vés á mí, que no me incomodo nunca?

ESC. ¡Toma!.. Porque usted es un santo...

FEL. ¡Sí, un santo con muchísimo apetito!... Anda, anda, pasa un paño á ese velador, que la mañana está deliciosa, y quiero que me sirvas ahí mismo el chocolate.

ESC. En seguida. Sí, señor. (Se retira don Feliciano de la ventana, dejando corrida la cortina, y baja en seguida á la escena con unos paquetes.) Hombre más bueno, no lo ha *habío* nunca en el mundo. Si á este señor Cura no lo canonizan, no hay justicia en la tierra.

FEL. ¡Vamos, ven acá, Cascarrabias!... De seguro que ya habrás dicho para tus adentres; ¡Valiente señor Cura!... ¡Va á Madrid, y no me ha traído ni un mal recuerdo!...

ESC. ¡Ay, no, señor; por estas cruces, que!...

FEL. ¡No jures, mujer, no jures!... Ya sé que tú eres incapaz de pensar mal de mí.

ESC. Bien puede usted decirlo.

FEL. Pues aquí tienes... Te he comprado este pañuelo de seda.

ESC. *Muchísmas* gracias.

FEL. Es algo serio, porque á tu edad ya no sientan bien los colorines.

ESC. ¡Es precioso!... Vaya... no lo hay más *alegante* en *tóo* el pueblo!...

FEL. ¿Por dónde anda Policarpo? Tengo que darle...

ESC. ¿Qué, también le ha *traío* usted algo á ese zángano?

FEL. Naturalmente. He traído para todos los de casa. El pañuelo de seda para tí, una petaca para Policarpo y esta cabezada nueva para el potro.

ESC. Conque, ¿qué tal, señor Cura? Todavía no me ha dicho usted una palabra de Madrid.

FEL. ¡Ah... pues muy bien, muy bien; pero, hija, ya no está uno para estos trotes!

ESC. ¿Habrá usted visto á su sobrino?

FEL. Naturalmente. ¡Ya verás tú que real mozo!... Y con su carrera concluída. Antes de cuatro días lo tendremos aquí.

ESC. ¿Sí? *Malegro* mucho.

ESCENA V

DICHOS y DON RUPERTO, montado en un burro, por el foro derecha. Lleva abierto el quitasol

RUP. ¡Buenos días, señor Cura!

FEL. ¡Hola, don Ruperto! ¿Qué tal... se ha descansado algo?

RUP. ¡Calle usted, por Dios! No me han dejado dormir ni un cuarto de hora. Apenas había puesto la cabeza en la almohada, vinieron á escape á llamarme de la botica.

FEL. ¿Sí? ¿Qué ha ocurrido?

RUP. ¡Nada!... Cosas de la boticaria, que es una mujer que se empeña siempre en parir á la hora en que más puede molestarle á uno.

FEL. ¡Pobre señora!

RUP. ¡Pobre médico, digo yo! Tres horas me ha tenido sudando la gota gorda.

FEL. ¿Y por fin, qué ha sido?

RUP. ¡Qué sé yo! Un chico... ó una chica... no lo sé. ¡De buen humor estaba yo para!...

FEL. ¡Ave María Purísima!

RUP. Vaya .. Sigamos la peregrinación.

FEL. Apéese usted, y descansará un ratito.

RUP. No puedo, no puedo. Luego, á la vuelta. Me quedan todavía unas cuantas visitas.

FEL. Pues hasta después; y que Dios le tenga en cuenta los sacrificios que hace usted por los pobres enfermos.

RUP. ¿Dios, eh? Crea usted que los médicos de partido estamos dejados de la mano de Dios. . ¡Abur, señor Cura!... ¡Arre, borrico! ..

(Vase don Ruperto por el foro izquierda.)

FEL. ¡Hasta luego, D. Ruperto!... ¡Pobre señor... hace bien en quejarse!... ¡Mala vída, mala vida lleva el infeliz!

ESCENA VI

DICHOS, menos DON RUPERTO

ESC. ¡Ay, que ya me había *olvidao* de dar á usted una noticia!

FEL. ¿Qué es?

ESC. Que ya ha *llegao* el nuevo *Cuajutor*.

FEL. ¿Sí? Me alegro ¿Y dónde está?

ESC. Pues estará en la iglesia. Me lo ha *venío* á decir el Monaguillo. Creo que *paece* muy buena persona.

FEL. Claro que lo será. El otro día me escribió el secretario del señor Obispo, diciéndome que me mandaban un Coadjutor muy listo, muy virtuoso, y que predica admirablemente.

ESC. No; pues de seguro que no lo hace mejor que usted.

FEL. ¡Calla, mujer, no digas tonterías!

ESCENA VII

DICHOS y POLICARPO

POL. (Que sale de la huerta con una carga de heno ó de paja pintada de verde, que para el caso es igual.) ¡Felices, señor Cura! (Dejando la carga en el suelo.)

FEL. ¡Hola, hombre!

POL. ¿Qué tal? ¿Qué tal por los madriles?

FEL. Muy bien. Toma, te he comprado esta petaca. (1)

POL. Muchas gracias. ¿Y cómo se abre esto?

FEL. Pues, mira, apretando ahí...

POL. Aquí, ¿eh? ¡Ya, ya! Es de maquinaria...

FEL. De resorte.

POL. Le habrá usted *costao* lo menos, lo menos...

---

(1) Policarpo, don Feliciano y Escolástica.

FEL. No, no creas que ha sido mucho; tres pesetas nada más.

POL. Pues ha *sío* una lástima que se *haiga* usted *molestáo.*

FEL. No ha sido molestia.

POL. Me hubiera usted *dao* á mí las tres pesetas y se lo hubiera *agradecío* lo *mesmo.*

FEL. ¿Sí? Vaya, hombre, para otra vez ya lo sé.

ESC. ¿Lo ve usted? Si es muy bruto.

FEL. Toma, llévate esta cabezada para el potro.

POL. ¡Anda! Esta sí que es maja.

FEL. Pónsela, á ver cómo le está.

ESC. Que se la ponga él, que la merece más que el Tordillo.

POL. *¡Señá* Escolástica! (Muy irritado.)

FEL. ¡Vaya, vaya, silencio! No quiero pendencias. Cada uno á su puesto. ¡Tú, á la cocina, (A Escolástica.) y tú (A Policarpo.) á la cuadra! (Vase Policarpo, refunfuñando, á la cuadra.)

ESCENA XIII

DON FELICIANO, ESCOLÁSTICA, CARLOS y RAFAEL

ESC. Desengáñese usted, señor Cura, que este hombre es más *negao* que un cerrojo.

FEL. Pero, mujer, ¿crees tú que si fuera un muchacho de talento estaría plantando repollos y cuidando caballerías?

RAF. (Por el foro izquierda, y seguido de Carlos.) Esta, esta es la casa. ¡Sí! ¡Allí le tienes! ¡Eh, señor Cura!

FEL. ¿Quién? (Volviéndose.)

CAR. ¡Tío! (Entran en la corralada.)

FEL. (Levantándose y yendo hacia ellos.) ¡Carlillos! ¡Don Rafael! ¡Qué sorpresa tan agradable!

RAF. Aquí nos tiene usted.

FEL. ¡Cuánto me alegro! (Se abrazan.)

CAR. Este se ha empeñado en que anoche mismo saliéramos de Madrid.

FEL. Muy bien hecho.

RAF. ¿Lo ves?

FEL. Escolástica, aquí tienes á mi sobrino, al doctor en Derecho. (1)

ESC. Por muchos años.

RAF. ¿Esta *señora* es esa notabilidad en culinaria? (A don Feliciano.)

FEL. Sí, señor.

ESC. ¿En qué ha dicho? (A don Feliciano.)

FEL. En cosas de cocina, mujer.

ESC. ¡Ah!

FEL. ¿Ustedes vendrán con ganas de tomar chocolate?

RAF. Sí, señor... Pero...

FEL. Pues, ahora mismo.

RAF. Es que le advierto á usted que...

FEL. ¡Nada, nada! ¡A escape! ¡Escolástica! Tráete tres chocolates.

ESC. En seguida estarán. (Vase á la casa)

FEL. Pero, siéntense ustedes. Siéntate, Carlitos. Cuánto me alegro, hombre, cuánto me alegro de verte por aquí. (Se sientan los tres, primer término izquierda.)

CAR. Yo también lo celebro.

FEL. ¿Y qué tal el viaje?

RAF. Muy bien, nos hemos divertido mucho. (Se oye dentro, foro izquierda, el cornetín tocando la polka del primer acto)

ESCENA IX

DICHOS y MENÉNDEZ, con el cornetín

FEL. ¡Ay, que está aquí también el músico! ¡No me habían ustedes dicho nada! (Aparece Menéndez.) ¡Adelante, compañero, adelante!

MEN. Señor Cura, vengo á hacerme feligrés de esta parroquia. ¡En Madrid no se puede vivir!

FEL. Siéntese usted, siéntese usted. ¡Escolástica, (Desde la puerta.) cuatro chocolates!—Tanto bueno por esta casa.—Han hecho ustedes muy bien en acompañar á mi sobrino.

---

(1) Rafael, Carlos, don Feliciano y Escolástica.

MEN. Ya nos lo figurábamos. (1)
RAF. ¿Lo ves, hombre? Si á tu tío no le guta estar solo. (A Carlos.)
FEL. No, señor; yo gozo con las buenas compañías.
MEN. Justo, y yo también.
FEL. Por desgracia no abundan.
MEN. No lo crea usted. Las buenas compañías abundan bastante. Lo que escasea son los empresarios que paguen.
FEL. ¿Eh?
RAF. Habla de lo suyo, de las compañías de teatro.
FEL. ¡Ah! De eso no entiendo una palabra.

ESCENA X

DICHOS, CLOTILDE, PURA y DOÑA PETRONILA del brazo de DON CELESTINO

CLOT. (Dentro, foro izqnierda.) ¡Por aquí, por aquí!
PURA ¡Anda, tía!
PET. Gracias á Dios que hemos llegado.
CEL. Buenos días, señor Cura. (Aparecen en el foro.)
FEL. (¡Dios mío de mi alma!) Muy buenos días, señoras. Pasen ustedes.
PET. ¿No nos esperaría usted?
FEL. No, señora, la verdad. No esperaba tener esa honra.
PET. ¡Pero qué lindísimo es este pueblo! ¡Tiene un paisaje precioso!
FEL. (Desde la puerta.) ¡Escolástica! ¡Ocho chocolates! (¡Una tarea!)
PET. Oiga usted, señor Cura, que sentiríamos muchísimo venir á molestar.
FEL. ¡Quiá! No, señora.
MEN. (A don Feliciano.) A mí que no me hagan chocolate.
FEL. ¿Y por qué no? ¡Pues no faltaba más!
MEN. De ningún modo.
FEL. ¡Pero, hombre!

---

(1) Don Feliciano, Menéndez, Rafael y Carlos.

MEN. Yo con un par de magras, ó cualquier cosa, estoy despachado!

FEL. ¡Ah, vamos! ¿Está usted por lo sólido?

MEN. Sí, señor, por lo sólido... ¡Y por lo líquido! (Haciendo ademán de beber.)

FEL. Pues, calle usted, que tengo ahí un par de jamones que me han regalado, que deben de estar riquísimos.

MEN. ¿Sí? ¡Choque usted! Nos comeremos los jamones.

FEL. Sí, señor, que nos los comeremos.—Con permiso de ustedes voy á dar algunas órdenes.

RAF. Sí; sí, señor.

PET. Vaya usted, vaya usted. Aquí todos somos de confianza.

CAR. ¡Tío! (Aparte á don Feliciano.) Usted perdone esta invasión; pero se han empeñado en acompañarme...

FEL. ¿Y qué le vamos á hacer? ¡Paciencia! ¡Ya nos arreglaremos como podamos!—Anda, ofrece asientos á esas señoras...—(¡Virgen del Carmen! ¡Y dónde voy yo á meter á tanta gente! ¡Buena se va á poner Escolástica!) (Vase á la casa.)

ESCENA XI

DICHOS menos DON FELICIANO

PET. ¡Ay! ¡Pero qué temperatura tan agradable la de este pueblo! (A don Celestino.)

CEL. ¡Agradabilísima!

PET. Tiene usted razón, don Celestino. No hay nada como la vida del campo.

CEL. ¡Claro que no! Esta paz, y esta tranquilidad y este sosiego, convidan á vivir y á gozar, y... ¡á amar!

PET. ¿A qué? (Burlona.)

CEL. ¡A amar, señora!

PET. Don Celestino, por Dios. No ponga usted esos ojos, porque me hace usted reir; vamos no lo puedo remediar. (Riéndose.)

RAF. ¿Qué es eso? ¿De qué le habla á usted don Celestino?

PET. ¡De nada! ¡De la frescura del campo!

CEL. ¡Eso es! De la frescura... (de esta señora.)

CLOT. Tienes razón, ¡se nota aquí un aroma delicioso!

PURA ¡Huele á heno!

MEN. ¡A lo que huele es á cuadra!

PET. (¡Jesús! ¡Pero qué ordinario es este Menéndez!)

ESCENA XII

DICHOS, DON FELICIANO desde el balcón

FEL. Señoras, tengan ustedes la bondad de subir. Podrán ustedes arreglarse un poquito. (Se retira en seguida.)

PET. Con muchísimo gusto, señor Cura.

CLOT. Ay, sí, vamos, tía, que este sombrero me está haciendo un daño horroroso.

PET. Bien puede usted decir (A Carlos, apoyándose en su brazo.) que tiene un tío que es la amabilidad en persona.

CAR. Es muy bueno, sí, señora. (¡Demasiado bueno!)

CLOT. (A Pura.) No se parece á su sobrino. ¿Has visto qué hombre más *sosera?* Gracias á que yo soy así, que tomo las cosas conforme vienen.

PURA Envidio tu carácter.

CLOT. Calla, mujer. No pienses tanto en tu Juanito; ya le verás cuando volvamos á Madrid. (Vanse doña Petronila y Carlos á la casa.)

RAF. Niñas, que no tarden ustedes mucho en la *toilette.*

CLOT. ¡Quiá! Si no haremos más que quitarnos los sombreros. (Vanse Clotilde y Pura.)

ESCENA XIII

RAFAEL, DON CELESTINO y MENÉNDEZ; luego ESCOLÁSTICA con un cántaro; al final DON FELICIANO

RAF. ¿Verdad que son muy simpáticas estas chiquillas?

MEN. Sí que lo son.

RAF. A don Celestino, sin embargo, le gusta más la tía (1).

CEL. Hombre...

RAF. ¿Y qué tal? ¿Qué tal?

CEL. Pues... así. No se presenta del todo mal. Anoche en el tren le hice varias señas con el pie, y ella no lo retiraba.

MEN. ¡Cómo! Pero, ¿era usted el que ha venido pisándome toda la noche?

CEL. ¿Eh?

RAF. ¡Já, já, já!

MEN. ¡Y yo que creía que era aquella rubia que venía á su lado!

CEL. Pero...

RAF. ¡Já, já, já!

MEN. ¡Pues si llego á saberlo, valiente pisotón se lleva usted!

RAF. ¡Pobre don Celestino! (Riéndose.)

CEL. ¡Pues, mire usted, (A Menéndez) juraría que esos pies eran de doña Petronila!

MEN. ¡Pues, no, señor, son míos!

ESC. (Presentándose.) (¡Jesús, qué plaga de *convidaos*. Yo no sé para cuándo son los descarrilamientos!) Buenos días. (Con sequedad.)

CEL. Felices.

RAF. Servidores de usted.—Señores, aquí tienen ustedes á la alhaja de la casa; al ángel tutelar del señor Cura; el modelo de las amas de gobierno.

ESC. Vaya, vaya, no tengo ganas de bromas.

RAF ¿Cómo broma? Es la pura verdad. Que di-

---

(1) Don Celestino, Rafael, Menéndez

gan los señores si no ha llegado ya á Madrid su reputación de excelente cocinera.

CEL. ¡Vaya si ha llegado!

ESC. Eso sí, como cocinera no tengo miedo á *naide*.

RAF. Si no hay más que verla á usted. ¡Esa fisonomía revela inteligencia!

CEL. ¡Y talento!

MEN. ¡Y penetración!

ESC. No, no tanto. (Con afabilidad.)

RAF. ¡Miren ustedes esa frente!

CEL. ¡Y esa nariz!

MEN. ¡Y ese ojo!

ESC. Qué zalameros y qué picaros son ustedes los madrileños... Déjenme ustedes ir por agua, que no hay en casa ni una gota siquiera.

RAF. Traiga usted. (Cogiéndole el cántaro.)

ESC. Pero ..

MEN. No se moleste usted..

ESC. Pero, señoritos, por Dios...

RAF. Pues no faltaba más.—Dé usted á la bomba, Menéndez.

MEN. En seguida.

ESC. (Bien podía Policarpo aprender *amabilidá* de estos señores.)

RAF. No tan fuerte, hombre, que me está usted poniendo perdido.—¡Ajajá!—Ahí tiene usted. (Dándole el cántaro.)

ESC. *Muchismas* gracias.—Voy á acabar de prepararles el almuerzo. (Se dirige á la casa.)

MEN. ¡Sí, sí! ¡Cuanto antes! ¡A mí los viajes me abren el apetito!

RAF. ¡Y el no viajar también!

FEL. (Al salir se encuentra con Escolástica. Aparte á ella.) (¡Paciencia, hija mía, mucha paciencia! Acuérdate de lo que decía San Pablo.)

ESC. (Por Dios, señor Cura. Pues, si son unos huéspedes *mú* finos y *mú* bien *educaos.)*

FEL. Vaya, me alegro mucho. (Vase Escolásiica.) (Menos mal que le han entrado por el ojo... izquierdo.)

ESCENA XIV

DICHOS, DOÑA PETRONILA y CLOTILDE en el balcón; luego PURA. Más tarde POLICARPO

PET. Mira, Clotilde, mira qué vistas tan preciosas.

CLOT. Lindísimas.

PET. Oiga usted, señor Cura. ¿Aquella huerta es de usted?

FEL. Y de ustedes.

PET. Gracias. ¡Es magnífica!

FEL. ¡Quiá, señora! Vale muy poquito.

CEL. A propósito de huerta. Le traigo á usted de Madrid algunas cebollas.

FEL. Muchas gracias, pero si precisamente lo que abunda aquí son las cebollas Está la despensa completamente atestada. (Se retiran del balcón.)

CEL. No, si las que yo le voy á dar á usted, son cebollas de jacintos. (Dándoselas.)

FEL. ¡Ah! Mil gracias. La cuestión de flores la tengo muy descuidada. Me dedico principalmente á los frutales.

MEN. ¿Sí? ¿Y qué tal? ¿Cómo andamos de frutas?

FEL. Mal todavía. Sin embargo, ya empiezan á madurar las cerezas, y hay bastantes fresones.

MEN. ¿Hay fresones y se lo tenía usted tan callado? Vamos á verlos ahora mismo. (Viendo á doña Petronila, Clotilde y Pura, que salen de la casa.) ¡Señoras, á la huerta! ¡Los fresones nos esperan!

PET. ¡Ay! ¡sí! ¡sí! Esta vida campestre me entusiasma. (Pero, hija, por Dios, ¿qué tienes?) (A Pura.)

PURA (Nada, tía.)

PET. (Jesús, parece que todo te fastidia.)

CLOT. Diga usted, señor Cura: ¿tiene usted gallinas?

FEL. Sí, hija mía, y pollos también.

CLOT. Me alegro mucho. ¡Me muero por los pollos!

PET. ¡Niña, por Dios!

MEN. Déjela usted, señora. Tiene razón. No hay nada como los pollos... asados... ¡Ea! ¡andando!

FEL. ¡Un momento! En vez de chocolate, he mandado que les preparen á ustedes un almuerzo algo más sustancioso.

MEN. ¡Muy bien hecho!

PET. ¡Pero qué retefinísimo es este señor Cura!

FEL. Almorzarán ustedes al aire libre.

PET. ¡Magnífico!

MEN. ¡Delicioso!

CEL. ¡Perfectamente!

FEL. Ya he dado orden de que lo lleven al cenador de la huerta.

MEN. ¿Sí? Yo ayudaré.

RAF. ¡No!

PET. ¡Usted, no! No pase lo de la paella.

FEL. No se moleste usted. Ayudará el muchacho. ¡Policarpo! ¡Policarpo!

POL. (Sale de la cuadra, cuya puerta dejará cerrada otra vez.) Mándeme usted. (¡Jesús! ¿De dónde habrán *salío tóos* estos señores?)

FEL. Vete á casa, que tienes que ayudar á Escolástica. (Aparte.) Pero, oye, arréglate un poco y lávate bien.

POL. Si ya me he *lavao* esta mañana.

FEL. No importa. Hueles á caballería, que no se te puede aguantar.—¿Vamos, señores?

PET. Cuando usted guste.—¿Por dónde?

FEL. Por aquí, por aquí. Iré delante, para enseñarles el camino. (¡Pero señor, dónde voy yo á acostar esta noche á toda esta familia!) (Vase á la huerta, seguido de Doña Petronila y Pura.)

RAF. (A Clotilde.) ¿Qué ha hecho usted de Carlitos?

CLOT. Yo nada; pues si es lo más hurón... No se le parece á usted.

RAF. ¿De veras?

CLOT. Me gusta usted por lo comunicativo.

RAF. Y usted á mí por lo zaragatera.

CLOT. ¿Sí? Pues ya nos gustamos los dos.

RAF. ¿Sí? (¡Pues ya estás aviada!) (Vanse á la huerta.)

CEL. ¡A la huerta! ¡La huerta es mi elemento!

MEN. ¡Justo! ¡Y los fresones son mi alimento! (Vanse á la huerta.)

ESCENA XV

POLICARPO solo. Se arremanga y se lava en un cubo.—Luego DOÑA NICASIA y JUANITO que aparecen por el foro izquierda

POL. ¿Que me lave otra vez? ¡Bueno! Por eso no hemos de reñir. (Se lava de verdad y con estrépito.)

NIC. Sí, hombre, sí, no tema usted. Esta es la casa del señor Cura. ¿No ve usted colgada allí (Por la sobrepelliz.) una de esas cosas que ellos se ponen? ¡Eh! ¡buen hombre! (Policarpo no le oye.)

JUA. Pero, diga usted señora... ¿habrán llegado ya?

NIC. ¿Pues no habían de llegar? Si salieron de la estación media hora antes que nosotros. ¡Eh, muchacho! (Policarpo sigue lavándose.) Ande usted, vamos á pasar, porque ese hombre no acaba de lavarse. (Abren la puerta de la empalizada y entran.)

JUA. Mire usted, señora, que puede verme doña Petronila y entonces...

NIC. ¡Jesús, hijo! ¡No es usted poco miedoso! (Dando en el hombro á Policarpo.) ¡Eh! ¡Buenos días!

POL. (¡Anda, más forasteros!) (Enjugándose con las mangas de la camisa.) Felices.

NIC. ¿Esta es la casa del señor Cura, verdad?

POL. No, señora.

NIC. ¿Eh?

POL. Esta es la *corralá* La casa es esa.

NIC. ¡Ya! (¡Qué bruto!) ¿Y sabe usted si han llegado unas señoras y unos caballeros?

POL. Sí, señora. Ahí están en la huerta, con el señor Cura.

NIC. ¿Lo ve usted? (A Juan.)

JUA. ¡Sí, lo veo! Lo que temo es que me vean á mí.

NIC. Pero, ¿no viene usted decidido á todo?

JUA. Sí, señora. A todo... menos á encontrarme con doña Petronila.

ESC. (Dentro.) ¡Policarpo!

POL ¡Voy! Me *paece* que me he *lavao* de firme.

¡Estoy más fresco que una lechuga! (Yendo hacia la casa.)

ESC. (Dentro.) ¡Policarpo!

POL. ¡Ya voy! ¡Va voy! (Vase.)

ESCENA XVI

DOÑA NICASIA, JUANITO. Luego RAFAEL

NIC. (Asomándose á la puerta de la huerta.) ¡Sí! Mírelos usted. ¡Allá abajo están todos! ¡Y el pillo de Menéndez, comiendo, como siempre! Lo que es hoy se le indigesta lo que coma, yo se lo aseguro!

JUA. ¿Está también Purita?

NIC. Sí, allí está, sentada á la sombra de un camueso.

JUA. ¡Estará pensando en mí!

NIC. Pero, acérquese usted, hombre.

JUA. No, no me atrevo. ¿Ve usted á la tía?

NIC. Sí, por allí anda, dándole la lata al señor Cura. ¡Ay! ¡Ahí viene!...

JUA. ¿Quién? (Aterrado.)

NIC. No se asuste usted, que es don Rafaelito.

JUA. ¡Ay! No me ha quedado una gota de sangre.

NIC. Buena sorpresa va á tener cuando se encuentre aquí conmigo. (Se oculta detrás de la puerta.)

RAF. (Presentándose.) Pero, señor, ¿dónde se habrá metido ese Carlos? (Viendo á Juan.) (¡Eh!) Servidor.

JUA. Beso á usted la mano.

RAF. (Dirígese á la casa.) (Algún señorito del pueblo.)

NIC. ¡Vaya usted con Dios!

RAF. (Volviéndose sorprendido.) ¡Eh! ¡Doña Nicasia!

NIC. ¡La misma!

RAF. ¿Usted por aquí? Pero ¿cómo ha venido?...

NIC. Pues en el mismo tren que ustedes (1).

RAF. Si no es posible.

NIC. ¿Que no? Cuando ustedes llegaron á la estación del Norte, ya estábamos el señor (Por

(1) Juanito—Doña Nicasia—Rafael.

Juan.) y yo escondidos en nuestro departamento.

RAF. ¿Pero este caballero?...

NIC. Es el novio de doña Purita.

RAF. ¡Ah!

JUA. Servidor de usted.

RAF. ¡Ya! ¿Con que es usted el amante de Pura?

JUA. Amante, no señor; novio nada más.

RAF. Bueno, el novio que la ama. ¿El del ventanillo?

JUA. ¡Sí, señor, el del agua hirviendo!

RAF. Pues tengo tanto gusto (1).

JUA. Gracias.

NIC. El señor tiene muy buen corazón y le protejerá á usted. (A Juanito.)

RAF. Desde luego cuente usted conmigo.

JUA. Muchísimas gracias.

RAF. ¿De manera que usted?... (A doña Nicasia.)

NIC. Yo, en cuanto ustedes se marcharon anoche de casa, me dije: ¿Qué me hago yo sin huéspedes? A Villuela también. Y me fuí á buscar al señor, le dije lo que había, tomamos un coche, bajamos á la estación, él pagó los billetes, nos metimos en un departamento, y aquí nos tienen ustedes.

RAF. Pero, ¿qué le pasa á ese chico? (Aludiendo á Juanito, que durante la escena habrá dado varias carreritas hasta la puerta de la huerta, temiendo la llegada de doña Petronila.) Parece que tiene azogue.

NIC. Lo que tiene es un miedo horroroso á la tía.

RAF. (¡Pobre muchacho!) Oiga usted, joven.

JUA. Mándeme usted.

RAF. ¿Usted, naturalmente, deseará hablar con su novia?

JUA. ¡Figúrese usted! Vengo decidido á todo; á depositarla judicialmente, si es preciso... Ella es huérfana; yo también soy huérfano. Si me ama, que me siga.

RAF. Muy bien pensado. (Juan da otra carrerita.)

JUA. Comprenda usted que yo no puedo seguir así toda la vida.

---

(1) Juanito—Rafael—Doña Nicasia.

RAF. ¡Claro! Se cansaría usted. Es un ejercicio demasiado violento.

JUA. Digo que yo...

RAF. ¡Ya, ya! Pues descuide usted. Yo haré que tengan ustedes una entrevista y se pongan de acuerdo.

JUA. Sí, señor; pero hay el peligro de que la tía me vea, y... ¡adiós mi proyecto!

RAF. ¡Se me ocurre una idea!

JUA. ¿Cuál?

RAF. Hay un medio de evitar ese peligro.

JUA. ¿Cómo?

RAF. Le disfrazaremos á usted.

JUA. ¿Eh?

NIC. ¡Lo que á don Rafael no se le ocurra!..

JUA. ¡Disfrazarme! Pero, ¿de qué?

RAF. Pues con el traje del criado, ó con lo que se pueda... Ande usted. Venga usted conmigo.

JUA. Pero...

NIC. Sí, hombre, vaya usted. Ya le dije que el señor le protejería.

RAF. ¡Claro! Si yo gozo extraordinariamente protegiendo á los enamorados. ¡No le va á conocer á usted ni su familia! Ande usted, ande usted.

JUA. Bueno, vamos. ¡En sus manos me encomiendo!

NIC. (¡Pues en buenas manos está el pandero!)

RAF. Hasta luego, doña Nicasia. Mucha prudencia, ¿eh?

NIC. Descuide usted; en cuanto me pague los cuarenta duros, como si nada hubiera pasado.

RAF. ¿Pagar Menéndez? Puede usted sentarse. Adelante, joven. (A Juan.)

JUA. Hasta luego, señora. (Vanse á la casa Juan y Rafael.)

ESCENA XVII

DOÑA NICASIA, luego CARLOS, al final POLICARPO

NIC. ¡Vaya si me paga! El no lo tendrá, pero que lo busque. ¡Estaría bien que yo me dejara

engañar por un musiquillo de tres al cuarto! ¡Y que yo conozco á las personas! Ese ya no vuelve á mi casa. Como que se ha traído todo el equipaje: el cornetín. No tiene otra cosa.

CAR. (Saliendo de la casa.) (Dos huéspedes más. ¡Esto es demasiado! Yo me tengo la culpa; no he debido consentirlo, pero esta maldita falta de carácter!)

NIC. ¡Don Carlitos!

CAR. ¡Hola, señora!.. Rafael acaba de decirme que estaba usted aquí.

NIC. Sí, señor; el viaje no me ha costado nada, y vengo á sorprender á Menéndez y á darle la desazón.

CAR. ¡Señora, por Dios!

NIC. ¡Le saco los cuarenta duros, ó le estropeo la cara para que no vuelva á tocar el cornetín en toda su vida!

CAR. ¡Por los clavos de Cristo! ¡No haga usted eso! Le suplico que esta misma tarde se vuelva usted á Madrid.

NIC. Pero...

CAR. ¡Evite usted este nuevo disgusto á mi pobre tío!

NIC. Si yo con su tío de usted no tengo nada. Todo lo contrario.

CAR. No perderá usted ese dinero, yo se lo aseguro.

NIC. ¡Quiá! No conoce usted á Menéndez.

CAR. Yo se lo pagaré á usted.

NIC. Esa es otra cosa. Usted es un caballero. Si todos los huéspedes fuesen como usted, pero, ¡ay, hijo mío!

CAR. Bueno, ande usted. No conviene que mi tío se entere... La ocultaré á usted arriba hasta la hora del tren.

NIC. Sí, señor. Todo lo que usted quiera...

CAR. Vamos, vamos, que pueden venir. (En la puerta de la casa. Sale Policarpo en el traje de día de fiesta, y con una gran bandeja con viandas y colgado del brazo un cesto con botellas.)

POL. *¡Cuidiao!* ¡No hagamos un *estropicio!*

CAR. ¡Pronto, señora!

NIC. ¡Voy, voy! (Vanse doña Nicasia y Carlos á la casa.)

POL. ¡Carápiles! ¡Y qué bien que huelen estas magras! ¡Dios me perdone, pero me están dando unas *intinciones!*.. (Vase por la puerta de la huerta.)

ESCENA XVIII

RAFAEL y JUAN, con manteos, sotana y sómbrero de teja. Luego el MONAGUILLO, el COADJUTOR y POLICARPO

RAF. Salga usted, salga usted sin temor ninguno.

JUA. (Presentándose.) ¿De veras cree usted que no me conocerá?

RAF. ¡Quiá! Si parece que sale usted ahora mismo del seminario. Tiene usted cara de presbítero.

JUA. Sí la tendré; pero la verdad es que esto es una profanación.

RAF. No tema usted. El amor lo santifica todo.

JUA. Pues si no fuese por el amor, ¿cómo habría yo de meterme en estos líos? (Al andar se pisa el manteo y da un traspiés.)

RAF. ¡Eh! ¡Cuidado!

JUA. ¡Si es que me sobra tela por todas partes!

RAF. Recójaselo usted. Así. ¡Con desenvoltura! ¡Ajajá! Ahora se espera usted aquí, que yo voy á llamar á su novia.

JUA. Adviértala usted de la facha que estoy para que no se sorprenda.

RAF. ¡Naturalmente! ¡Ea! ¡Animo y que el amor sea con ustedes!

JUA. Muchísimas gracias.

RAF. (¡Válgame Dios, y que haya mujer que se enamore de un tipo semejante!) (Vase á la huerta.)

JUA. Ese caballero dice que no; pero yo creo que estoy haciendo una barbaridad... Todavía voy á pasar la noche en la cárcel. ¡Era lo único que me faltaba! ¡Dios mío, un cura! (Se esconde detrás del brocal del pozo. Aparecen por el foro derecha el Monaguillo y el Coadjutor.)

MON. Aquí tiene usted la casa.

COAD. Bueno, gracias. Puedes retirarte.

MON. ¿Quiere usted que yo llame? (Entran en la corralada.)

COAD. No.

MON. Pues hasta después, don Felipe.

COAD. Vete con Dios. (Vase el Monaguillo.) (Sentiré venir á molestarle, pero deseo ponerme á sus órdenes. ¡Ah! El criado. (Viendo á Policarpo que sale de la puerta de la huerta. Juanito habrá andado alrededor del brocal, ocultándose del Coadjutor.)

POL. (Con la boca llena.) Felices.

COAD. ¿El señor cura está?

POL. Sí, señor. Ahí abajo le tiene usted, en la huerta, almorzando con unos señores. ¿Quiere usted que le pase *recao?*

COAD. No, esperaré.

POL. Como usted guste. Con su permiso, voy á la cocina. *Asiéntese* usted.

COAD. Gracias.

POL. (Este debe ser el curita nuevo que estaban esperando. ¡Y va de forasteros!) (Vase á la casa.)

ESCENA XIX

EL COADJUTOR, JUAN oculto y PURA

COAD. (No parece fea la casita. Algo distante de la iglesia, pero muy bien situada. (Sentándose de espaldas á la derecha.)

JUA. (¡Dios mío y se sienta!)

PURA (¡Sí, allí está! (En la puerta de la huerta. Viendo al Coadjutor.) Creí que era una broma de Rafael. ¡Pobrecillo! ¡Y todo por mí!) (Acercándose al Coadjutor.)

JUA. (¡Ay! ¡Ella!)

PURA (Poniéndole las manos sobre los hombros.) ¡Monín de mi alma!

COAD. ¿Eh? (Levantándose sorprendido.)

PURA (¡Ay!) (Confundida.)

COAD. ¡Señorita!..

PURA Usted perdone... (Muy turbada.) Yo creía...

que... ¡Ay, qué vergüenza, Dios mío, qué vergüenza)! (Lloriqueando se dirige á la puerta da la huerta.)

JUA. (¡Pobrecilla!)

PURA (¡Bien me temía yo que fuera una broma! Pero ha sido de muy mal gusto, sí señor, de muy mal gusto.) (Desde la puerta y muy compungida,) Usted lo pase bien. (Al Coadjutor. Vase.)

COAD. Servidor de usted. ¡Cosa más particular! Vaya, el señor Cura estará muy ocupado. Volveré más tarde... (Vase por el foro derecha.)

ESCENA XX

JUAN, DON FELICIANO, luego DON RUPERTO y POLICARPO

JUA. (Saliendo de su escondite.) ¡Gracias á Dios! (Corriendo hacia la huerta.) ¡Purita! ¡Purita!... ¡Ay! ¡Otro cura! (Aparece don Feliciano, Juan queda inmovil.)

FEL. ¡Ay, qué señora! ¡Me marea! (¡Ah, el Coadjutor!) Muy buenos días. Sea usted muy bien venido. (Tendiéndole la mano.)

JUA. (¡Eh!)

FEL. Tengo mucho gusto en conocerle. Ya sabía que estaba usted en el pueblo.

JUA. ¿Qué usted sabía que yo?...

FEL. Sí, señor; sé que ha dicho usted la misa de ocho.

JUA (¡Eh!)

FEL. Perdone usted que no haya ido á saludarle; pero tengo huéspedes, ¡una porción de huéspedes! Acaban de llegar de Madrid. Venga usted y le presentaré.

JUA. ¡No, no señor!... Muchas gracias.

FEL. Bueno, bueno; pero siéntese usted. Le agradezco muchísimo la visita.

JUA. (¿Pero, quién seré yo?) (Se sientan primer término izquierda.)

FEL. Ya sé, por el secretario de su ilustrísima, que es usted un orador muy notable.

JUA. ¿Yo?

FEL. Sí, señor; no se haga usted el chiquito. Yo

celebro en el alma que posea usted esa cualidad envidiable; ese don de la providencia. Ya recordará usted lo que respecto de la oratoria sagrada decía el sapientísimo Santo Tomás

JUA. Sí, señor; ver y creer.

FEL. No; á mí me basta con la respetable opinión del secretario de su ilustrísima.

JUA. (¡A que todavía me obligan á echar un sermón!)

RUP. (Por el foro izquierda y deteniendo el burro.) ¡Soó! ¡Quieto! ¡Cómo se conoce que vamos para casa!

FEL. Con su permiso. (Levantándose y yendo hacia la puerta de la empalizada.) Adelante, don Ruperto.

RUP. Ya voy, ya voy. (Apeándose.)

FEL. ¡Policarpo! (Llamando.)

JUA. (¡Y á todo esto sin poder hablar con Purita!)

FEL. ¡Policarpo!...

POL. Mándeme usted. (Saliendo de la casa.)

FEL. Lleva á la cuadra al burro de don Ruperto.

RUP. ¡Señor Cura!

FEL. Bueno, hombre; ¡no sea usted tan materialista!

POL. ¡Anda, *Morucho!* (Lleva de las bridas al burro y lo mete en la cuadra.)

RUP. (Viendo á Juan.) Buenos días.

JUA. Felices (1).

FEL. El nuevo Coadjutor...

RUP. Muy señor mío.

JUA. (¡Vamos! Ya sé quién soy.)

FEL. Don Ruperto Perales, solterón recalcitrante é ilustrado médico de este partido.

RUP. Sí, señor; muy ilustrado y muy zarandeado ¡y muy reventado! Esto no es vivir.

FEL. Sí que trabaja; pero con provecho. Ha comprado ya sus finquitas y...

RUP. Pues, hombre; bueno fuera que trabajara uno de balde. A mal pueblo ha venido usted, señor Coadjutor. (A Juanito.)

FEL. Don Ruperto, por Dios.

---

(1) Don Ruperto—Don Feliciano—Juanito.

RUP. Aquí le darán á usted algún disgusto, créamelo usted.

JUA. (¡Vaya si lo creo!)

FEL. No le haga usted caso. Aquí todos son muy religiosos.

RUP. Sí, muy religiosos; pero muy brutos.

POL. (Saliendo de la cuadra.) ¿Le echaré un pienso al *Morucho*, eh?

FEL. ¡Naturalmente!

RUP. ¡No! ¡No le eches nada! ¡No lo merece! ¡Si tiene hambre, que se aguante!

FEL. ¡Pobre animal! (Policarpo entra en la cuadra y sale en seguida, dejando abierta la puerta. Vase á la casa.)

RUP. ¿Querrá usted creer que por más que le tiro de la brida no consigo que vaya nunca por el medio de la carretera?... ¡Siempre por la cuneta! Ahí abajo, en la revuelta del molino, por poco rodamos los dos por un terraplén.

FEL. ¡Qué don Ruperto! (A Juanito.) Parece que siempre está rabiando, pero no lo crea usted.

RUP. ¡Vaya si rabio! ¡Y no me faltan motivos! ¿A quién dirá usted que vengo de visitar ahora?

FEL. ¡Qué se yo!

RUP. A don Valeriano, ese mayorazgote, que paga tarde, mal y nunca, y que vive allá donde Cristo dió las tres voces.

FEL. ¿Y qué tiene don Valeriano?

RUP. ¡Pues nada! ¡Ganas de zarandearle á uno! Que le dolía un poquito la cabeza.

FEL. Menos mal.

RUP. Por suquesto que yo me he vengado de la caminata que me ha hecho dar. Le he plantado una cantárida en la nuca que ya tiene para rascar unos cuantos días.

FEL. ¿Ha visto usted qué hombre? (A Juanito.)

JUA. (Pero ¿á mí qué me importarán todas estas cosas?)

FEL. ¡Ah! don Ruperto; se me olvidaba. ¿Sabe usted que tengo huéspedes?...

RUP. ¿Sí?

FEL. ¡Sí, señor; han llegado hace poco mi sobrino y yo no sé cuántas personas!

RUP. Me alegro. Así habrá con quién tratar.

FEL. Ahí creo que vienen.

JUA. (Levantándose precipitadamente.) Adiós, señor Cura.

FEL. Pero ¿á dónde va usted?

JUA. Me voy, me voy.

FEL. No ha rezado usted todavía los *laudes*.

JUA. No, señor.

FEL. Pues, por eso no se vaya usted; en mi cuarto tiene usted reclinatorio y breviario.

JUA. Pero...

FEL. Entre usted con confianza... Pues no faltaba más... Está usted en su casa. Ahí no le molestará nadie.

JUA. Bueno, bueno... Servidor. (A don Ruperto.)

RUP. Usted lo pase bien.

FEL. Soy con usted en seguida, don Ruperto. (A Juanito.) Pase usted. (Juanito, al subir los escalones de la puerta, se pisa el manteo y se cae.) ¡Cuidado!

JUA. No, no es nada. (Entra la casa.)

FEL. (Le aconsejaré que se corte un poquito los manteos.) (Vase.)

ESCENA XXI

DON RUPERTO. Luego DON CELESTINO

RUP. (En el primer término derecha y cerca de la puerta de la cuadra.) ¿Conque hay huéspedes? ¡Magnífico! Esta noche organizaremos una partidita de tresillo ó de tute.

CEL. (Que sale de la huerta con un brazado de ramas verdes.) ¡Jesús! ¡Lo que se ha comido ese Menéndez! ¡Siete magras y media arroba de fresones!

RUP. Buenos dias, caballero.

CEL. ¡Hola, doctor, por aquí nos tiene usted! (Dejando las ramas en el suelo.)

RUP. ¿Qué es eso? ¡Anda usted herborizando!

CEL. ¡No, señor; de poda! Está muy abandonada esa huerta.

RUP. Ya me díjo el señor Cura que habían ustedes llegado (1).

CEL. Sí, señor; fué un viaje pensado así de pronto. ¡Una calaverada!

RUP. ¡Lo celebro mucho! Aquí nos falta esto; gente tratable y de sociedad.

CEL. ¡Hombre! ¡Está usted de enhorabuena!

RUP. ¿Yo?

CEL. Ya que en Madrid no le ha sido posible, va usted á conocer aquí á aquella señora andaluza.

RUP. ¡Eh! ¿A la andaluza? (Sorprendido.)

CEL. ¡A doña Petronila, á nuestra vecina del tercero!

RUP. (¡Jesús me valga!) ¿Pero... ha venido?

CEL. Sí, señor; con sus sobrinas.

RUP. (¡Dios mío de mi alma!) ¿Y dónde está?

CEL. En la huerta.

RUP. ¡Vaya! ¡Abúr! No puedo detenerme.

CEL. Aguarde usted, hombre. (Conteniéndole.)

PET. (Dentro.) ¡Delicioso! ¡Esto es delicioso!

CEL. Ahí la tiene usted. Le presentaré.

RUP. (¡María Santísima!) (Se mete precipitadamente en la cuadra, cerrando por dentro la puerta.)

CEL. ¡Pero, doctor! ¡Cosa más rara!

ESCENA XXII

DON CELESTINO, DOÑA PETRONILA, MENÉNDEZ, CLOTILDE, PURA y RAFAEL. DOÑA NICASIA, desde el balcón. Luego DON FELICIANO

PET. Hijo, por Dios, no coma usted tanta fresa, que le va á usted á hacer daño.

MEN. ¡Quiá! ¡Esta fruta es un gran digestivo! ¡Estos son almuerzos, y no los de doña Nicasia! (Sigue comiendo los fresones, que llevará en el fondo del sombrero, sujeto con el brazo izquierdo.)

NIC. (Asomándose cautelosamente.) ¡Ah, pillo! (Se retira.)

MEN. (¿Eh? ¡Juraría que me habían llamado pillo!)

---

(1) Don Ruperto.—Don Celestino.

PURA (¡Déjeme usted, déjeme usted!) (A Rafael.)

RAF. (Que está aquí, se lo juro.) (A Pura.)

CLOT. Mujer, cuando Rafael lo dice... (A Pura.)

RAF. Si ha venido con la patrona. Por cierto que Menéndez no sabe nada. (Clotilde, Pura y Rafael siguen hablando.)

CEL. Señora, iba á hacerle á usted una presentación, pero se conoce que el hombre tiene miedo á las andaluzas, porque huyó despavorido...

PET. ¿Sí? ¿Y quién era?

CEL. El médico del pueblo.

PET. ¿Y dónde está?

CEL. Ahí dentro se ha metido. (Indica la cuadra.)

PET. ¡Jesús, hijo! Pues me parece que mi cara no es para asustar á nadie.

CEL. ¡Qué ha de ser!... Se conoce que el pobre señor es muy corto de genio.

PET. Lo que se conoce es que está muy mal educado. No se puede tratar con los médicos, créame usted... ¿No es verdad, señor Cura?... (A don Feliciano, que ha salido momentos antes.)

FEL. ¿El qué, señora? (1).

PET. Que el médico de este pueblo debe de ser muy poco sociable.

FEL. ¿Le conoce usted?

PET. ¡Quiá, hijo! Si creo que le asustan las mujeres.

FEL. No le choque á usted. Don Ruperto es así.

PET. ¿Eh?... (Sorprendida.) ¿Qué?... ¿Cómo ha dicho usted que se llama ese hombre?

FEL. Don Ruperto.

PET. ¿Ruperto qué?

FEL. Ruperto Perales.

PET. ¿Ruperto Perales y Domínguez?

FEL. Sí, señora.

PET. ¡Es él!...

FEL. ¿Quién?

PET. ¡Mi marido!

FEL. ¡Su marido! (Estupefacto.)

---

(1) Clotilde. — Rafael. — Pura. — Menéndez. — Doña Petronila. — Don Celestino. — Don Feliciano.

CEL. (¡Cataplúm!)
MEN. ¡Eh!...
PET. ¡Por eso no ha querido esperarme! ¿Y dice usted que se ha metido ahí?... Lo mato... lo mato!... (Movimiento en todas las figuras. Al dirigirse furiosa á la puerta de la cuadra, da un empellón á Menéndez, tirándole el sombrero con los fresones.)
FEL. ¡Pero, señora!...
PET. ¡Salga usted... salga usted! (Trata, inutilmente, de abrir la puerta.)
CLOT. ¡Tía, por Dios!
PET. ¿Sí? Pues ahí te quedas. (Dando vuelta á la llave, que se guardará en el bolsillo.)
FEL. ¡Pero, doña Petronila!...
PET. ¡Déjeme usted, señor Cura, déjeme usted!... (Furiosa.)

ESCENA ÚLTIMA

DICHOS y CARLOS, que sale de la casa. JUAN, que se asoma á la ventana. Luego doña NICASIA

CAR. ¿Qué pasa aquí?
FEL. ¡Cálmese usted!. .
PET. ¡Ese hombre es un infame!... ¡Ay, ay!... ¡Yo me pongo mala!... (Cae con una convulsión en brazos de don Feliciano, que ayudado de Carlos y de don Celestino, la sienta en una silla, primer término derecha.)
FEL. ¡Señora!...
CEL. ¡Aire, dele usted aire!... (A Clotilde, que la abanica.)
JUA. (Asomándose.) (¿Qué voces serán esas?)
RAF. (A Pura, indicándole á Juan.) ¡Vamos... convénzase usted! (Va á formar grupo con los otros.)
PURA ¡Juanito!...
JUA. ¡Purita!...
FEL. ¡Agua! ¡Escolástica!... ¡Pronto... un vaso de agua!... (A Menéndez.)
MEN. ¡Voy, voy en seguida! (Se dirige corriendo á la puerta de la casa. Aparece doña Nicasia.)
NIC. ¡Por aquí estamos todos! (A Menéndez.)
MEN. ¡Doña Nicasia! (Retrocediendo asustado.)

FEL. (¡Santo Dios! ¡También la patrona!)

CAR. ¡Tío... perdóme usted!...

FEL. (¡Paciencia, hijo mío, paciencia! ¡Qué le vamos á hacer!...) (Doña Petronila sigue con las convulsiones. Carlos separa á doña Nicasia de Menéndez. Juanito y Pura se miran extasiados.)

CUADRO.—TELÓN

FIN DEL ACTO SEGUNDO

ACTO TERCERO

La misma decoración del acto anterior

ESCENA PRIMERA

DON CELESTINO, RAFAEL y MENENDEZ

CEL. ¡Buena la ha hecho usted, don Rafaelito!

RAF. ¿Yo?

CEL. ¡Sí, señor; buena la ha hecho usted con traernos á Villuela! Ya ha visto usted el escándalo que se ha armado!

MEN. ¡Los escándalos, porque me parece que el que me dió á mí la patrona, no ha sido flojo! ¿Y todavía quiere que le pague? ¡Jamás, jamás y jamás!

CEL. Hace usted muy mal, amigo Menéndez. El que paga descansa.

MEN. Esa es una vulgaridad. El que descansa es el que cobra.

RAF. ¡Conforme con usted! (A Menéndez.)

CEL. Pues, á propósito; no olviden ustedes que debemos á Carlitos el importe del viaje.

RAF. ¡Y dale conque debemos!

MEN. ¡Pero qué manía le ha entrado á este hombre de querer pagar á todo el mundo!

CEL. No es manía, señores; es el cumplimiento de un deber. Yo, ante todo, soy un caballero.

RAF. ¡Eso es! Un caballero que se dedica á hacer el amor á una señora casada.

MEN. Y á dar pisotones á los vecinos de enfrente.

CEL. Poco á poco, señores. ¡Yo he respetado siempre á las señoras casadas!

MEN. ¡Para respetos y consideraciones, doña Nicasia! ¡Si Carlos no la coge de un brazo y se la lleva, hay aquí una hecatombe!

RAF. ¿Y por dónde anda la patrona? Ha desaparecido.

MEN. ¡Déjela usted en paz! Hace dos horas que Carlitos la tiene encerrada arriba, en una habitación, como á un gato rabioso; pero me temo que la suelte y me dé otro disgusto.

CEL. ¿Lo ve usted? ¡Todo por no pagarle!

MEN. Por no pegarle, tiene usted razón.

CEL. No, por no pagarle; pa-gar-le.

MEN. Pero, hombre de Dios, ¿de dónde quiere usted que yo saque el dinero?

CEL. Y vamos á ver, señores, ¿qué hacemos? Supongo que ustedes opinarán como yo.

RAF. ¿En qué?

CEL. En que debemos marcharnos esta misma noche.

MEN. ¡Conmigo no cuenten ustedes! Yo me quedo por aquí.

CEL. ¡Bonito negocio va usted á hacer en este pueblo!

MEN. ¡Pues mire usted que el negocio que yo hago en Madrid!

ESCENA II

DICHOS, CLOTILDE y PURA en el balcón

CLOT. ¡Pchis! ¡Rafael!

RAF. Hola, Clotildita! ¿Y la tía? ¿Qué tal? ¿Se ha tranquilizado?

CLOT. ¡Sí, hijo, gracias á Dios, ya está mejor! Ya se le ha calmado el sistema nervioso.

RAF. ¡Me alegro!

CLOT. ¡Qué dos horas hemos pasado!

RAF. ¡Lo creo! ¿Y no bajan ustedes?

CLOT. ¡Supongo que sí; no vamos á pasarnos la vida en esta sala!

RAF Pero, ¿qué hace la tía?

CLOT. Pues ahí está, contando sus desdichas al señor Cura, que no cesa de darle consejos. ¡Pobre señor! No se ha separado un momento de su lado.

RAF. (¡Ya le ha caído qué hacer!)

PURA Diga usted, Rafael (Desde el balcón.), ¿y Juanito?

RAF. Pues, hija mía, no lo sé. Para que el señor Cura no sospechase, salió á la carretera; pero yo me figuro que con aquella facha no se atreverá á andar por el pueblo. Estará por ahí, escondido en cualquier parte.

PURA Pues si usted le vé, por Dios, dígale que deseo que hablemos. No hemos podido decirnos ni cuatro palabras.

RAF. Descuide usted, yo se lo diré.

CLOT. Hasta luego; nos llama la tía.

PURA Abur.

RAF. Adiós. (Se retiran Clotilde y Pura.)

ESCENA III

DICHOS, menos CLOTILDE y PURA

CEL. ¿Por quién le preguntaba á usted la Purita?

RAF. Por Juanito.

MEN. ¿Y quién es Juanito?

RAF. ¡Es verdad que no les he dicho á ustedes una palabra! Juanito es su novio, que ha venido con doña Nicasia, siguiéndola desde Madrid.

MEN. ¿Siguiendo á doña Nicasia?

RAF. No, hombre; á Purita. Es un pobrecillo, un infeliz, y con un miedo á doña Petronila...

CEL. ¿Sí?

RAF. Y se comprende. Hablando en Madrid con su novia por el ventanillo, fué la tía, y le tiró á la cara un jarro de agua hirviendo.

CEL. ¡Qué barbaridad!

RAF. El chico viene hoy decidido á robarla.

MEN. ¿A doña Petronila?

RAF. No, hombre, á Pura, á su novia; pero como el pobre tiene miedo de que la tía lo vea, ¿qué dirán ustedes que hice yo?

CEL. ¡Vaya usted á saber!

MEN. ¡Alguna atrocidad!

RAF. Lo metí ahí dentro...

MEN. ¿En el pozo?

RAF. No, en la casa, y con unas cuantas prendas del señor Cura, lo vestí de presbítero.

CEL ¿Sí? ¡Já, já, já!

RAF. Y está tan perfectamente, que según él mismo me ha dicho, el señor Cura le ha tomado por un Coadjutor.

CEL. ¡Qué ocurrencia de muchacho! ¡Já, já, já!

MEN. Tengo pocas ganas de reirme; pero, francamente, me hace gracia, hombre, me hace gracia la broma.

CEL. ¿Y por dónde anda ese infeliz?

RAF. Lo ignoro. Yo le aconsejé que se diera un paseito por la carretera; pero no sé si mientras estuvimos arriba, con las pataletas de doña Petronila, habrá vuelto y estará escondido en la huerta... Vamos á ver.

CEL. Sí, hombre, vamos allá. Nos divertiremos con él.

MEN. ¡Mire usted que vestirle de Coadjutor!... ¡Já, já, já... (Vanse los tres á la huerta.)

ESCENA VI

JUANITO, que viene de la carretera, foro derecha

¡Basta de paseos! Se va haciendo tarde, y yo necesito hablar con Purita... (Da un tropezón.) ¡Caracoles... me voy á matar!... ¡Pero, señor, en qué compromisos se mete uno cuando está enamorado!... ¡Y hace un calor horrible, y yo con este sombrero metido hasta el cogote!... (Se lo quita y se abanica con él.) ¡Ay, qué gusto!... ¡Yo no sé cómo pueden aguantar este peso en la cabeza!...

ESCENA V

JUANITO y PURA, en el balcón

PURA (¡Sí!... ¡Es él!...) ¡Juanito!
JUA. (¿Eh?... ¿Quién?...) (Se pone el sombrero, y mira á todos lados.)
PURA ¡Juanito!...
JUA. ¡Purita! (Viéndola)
PURA Tenemos que hablar.
JUA. Eso digo yo.
PURA ¡Ay, Juanito de mi alma!
JUA. ¡Ay, Purita de mi corazón! (Se le cae el sombrero.)
FEL. (Dentro.) ¡Descuide usted, señora, descuide usted!
JUA. ¡Santo Dios... el señor Cura!... ¡Retírate!... (Se pone precipitadamente el sombrero. Pura se retira del balcón.)

ESCENA VI

JUANITO y DON FELICIANO

JUA. (¡Nada... que no podemos hablarnos!)
FEL. (¡Jesús, Jesús y Jesús!... ¡Pobre señora, tiene razón en lamentarse!) ¡Ah, señor Coadjutor! Usted perdone que antes no me haya despedido de usted; pero estoy que no sé lo que me pasa... ¡Un acontecimiento inesperado!... ¡Una señora abandonada por su marido!...
JUA. La tía...
FEL. ¡Justo!... La tía de esas dos muchachas, que son dos ángeles. No sé si usted las habrá visto.
JUA. Apenas.
FEL. Bueno; pues esa infeliz señora, ya se ha tranquilizado un poco, pero me ha hecho pasar unos ratos horribles.
JUA. (¡Lo creo!)
FEL. Está cargada de razón. ¡Es una martir, una santa!...

Jua. (¡Ave María purísima!)

Fel. En cambio, ese hombre... ¿Recuerda usted al médico que le presenté esta mañana?

Jua. Sí, señor.

Fel. ¡Pues ese es el marido!

Jua. ¿El de la sopera?

Fel. ¿Qué sopera?

Jua. Digo, que supera... ¡Que supera en maldad á todo lo imaginable!

Fel. ¡No tiene usted idea! ¿Por qué dirá usted que ese hombre abandonó á su legítima esposa? ¿Crée usted que fué por alguna infidelidad?

Jua. No, señor.

Fel. ¡Asómbrese usted! No fué más que por lo siguiente: la pobrecilla necesitaba comprarse yo no sé qué prenda de vestir: él se opuso; ella suplicó, y él entonces, furioso, ¡le tiró á la cabeza una cafetera de metal!

Jua. (¡Ay, qué grandísima embustera!)

Fel. Ahora mismo voy en busca de ese marido despiadado; le hablaré al alma, y procuraré por todos los medios la reconciliación. ¡Ese es nuestro deber!

Jua. ¡Sí que lo es!

Fel. Va usted á hacerme un favor.

Jua. Usted dirá.

Fel. Entre usted en casa.

Jua. (¡Eh!)

Fel. ¡Consuele usted á esa señora!

Jua. (¡Un demonio!)

Fel. Usted, con su elocuencia, conseguirá calmarla por completo. Vaya usted.

Jua. No, perdóneme usted, señor Cura, pero no debo ir. Que se tranquilice ella... espontáneamente. Yo podría impresionarla demasiado.

Fel. ¡Sí! Puede que tenga usted razón; que descanse la pobrecita.

Jua. Sí, que descanse.

Fel. Va usted á hacerme otro favor.

Jua. (¿Qué será?)

Fbl. Yo, con estas cosas, no podré ir esta tarde á la iglesia. Encárguese usted del rosario.

JUA. (¡Caracoles!)

FEL. Se acerca la hora; los fieles ya estarán esperando. . Aquí hay mucha devoción.

JUA. Pero...

FEL. Vaya usted cuanto antes. El sacristán le enterará de las costumbres de este pueblo. Mañana hablaremos... Hoy no tengo la cabeza para nada. Perdóneme usted.

JUA. Bueno, bueno. (Pero, señor, me voy á pasar el día en la carretera!) (Vase á la carretera foro izquierda.)

ESCENA VII

DON FELICIANO

¡Jesús, Jesús y Jesús! ¡Y yo que tenía á don Ruperto por un solterón! ¡Abandonar á esa pobre señora! ¡Pero es claro! Si estos médicos no creen en nada. Sólo faltaba que se hubiese marchado del pueblo. Veré si se ha ido á pié, ó si se ha llevado el Morucho. (Se acerca á la puerta de la cuadra, que permanece cerrada.) ¡Está cerrada! ¡Policarpo! ¿Por dónde andará? ¡Policarpo! Los domingos, ya se sabe, ¡no se puede contar con él para nada! ¡Policarpo!

ESCENA VIII

DON FELICIANO y MENÉNDEZ

MEN. (Que sale de la huerta comiendo fresones, como en la escena del segundo acto.) Oiga usted, señor Cura.

FEL. Hola, amigo mío.

MEN. (Tiene razón Rafael. El señor Cura puede adelantarme los cuarenta duros.) ¿Conque á esa señora ya se le han calmado los nervios?

FEL. Sí; gracias á Dios, ya está más aliviada la infeliz.

MEN. Me alegro mucho. (Comiendo un fresón.)

FEL. ¿Le gustan á usted los fresones, eh?

MEN. ¡Sí, señor, mucho!

FEL. ¿Y están ya maduros?

MEN. ¡Muy maduros! Y á mí la fruta madura me hace pensar maduramente todas las cuestiones. Va usted á hacerme un favor.

FEL. Lo que usted quiera.

MEN. Ya ha visto usted á la patrona.

FEL. Sí, señor, ya he visto que está aquí.

MEN. ¿Dónde? (Alarmado.)

FEL. En casa.

MEN. ¡Ah! Bueno. Pues esa mujer ha venido siguiéndome; pero, créame usted, señor Cura, los dos no podemos vivir juntos. Somos dos caracteres incompatibles.

FEL. ¡Cómo! ¿También usted?

MEN. Sí, señor.

FEL. ¡Otro vínculo roto!

MEN. ¿Qué?

FEL. ¡Otro matrimonio mal avenido!

MEN. ¿Cómo?

FEL. ¡Ah, señor de Menéndez! ¡El matrimonio es un sacramento!

MEN. ¡Oiga usted, señor Cura! ¡Si no se trata de matrimonios! ¡Si yo no me he casado nunca, en buena hora lo diga.

FEL. ¿Pero no son ustedes marido y mujer?

MEN. ¡Qué hemos de ser eso!

FEL. ¡Menos mal!

MEN. A Dios gracias, entre doña Nicasia y yo no hay más yugo que el que existe entre un huésped y una patrona; es decir, entre una patrona que reclama una deuda, y un huésped que no puede pagársela.

FEL. ¡Ah, vamos! ¿Es eso?

MEN. Sí, señor.

FEL. ¡Vaya con el señor Menéndez! ¡Y yo que creía!... ¿Y cuánto le debe usted, hijo mío?

MEN. ¡Cuarenta duros!

FEL. Ya es algo.

MEN. Usted me perdonará el atrevimiento, porque, francamente, á mí me duele mucho...

FEL. ¿Dónde?

MEN. Digo, que me duele mucho tener que dirigirme á usted con una petición de esta na-

turaleza; pero, mire usted, señor Cura, ¡yo se lo pagaré á usted con mi trabajo! Tocaré el cornetín en las fiestas profanas, y el órgano en las solemnidades religiosas.

FEL. ¿También toca usted el órgano?

MEN. Sí, señor. Yo toco todo lo que hay que tocar. Ahora mismo estoy tocando... los resultados de no tener una peseta.

FEL. Pues no se apure usted, hijo mío. Yo no soy hombre de dinero, porque no lo necesito para nada.

MEN. ¡Dichoso usted!

FEL. Pero, en fin, arañaré el cajoncito de la mesa...

MEN. Arañe usted, arañe usted.

FEL. Y creo que podré reunir esa cantidad... Por supuesto, que yo no necesito que me pague usted nada. Usted me lo devolverá cuando pueda, ó cuando quiera.

MEN. Muchísimas gracias. Se lo deberé á usted eternamente, digo, se lo agradeceré á usted mientras viva.

FEL. ¡Pues no faltaba más! En seguida lo tendrá usted. Aguárdeme usted aquí (¡Pobre hombre! ¡Tiene cara de bueno!) (Vase á la casa.)

ESCENA IX

MENÉNDEZ, solo

¡Este es un Cura! ¡Este es el verdadero ministro del Señor! ¡Es claro! Un hombre que toca el cornetín, no puede tener malos sentimientos. En cuanto yo mire en mi poder los cuarenta duros, ¡que se me presente doña Nicasia! Ya verá con qué dignidad, y con qué...

ESCENA X

MENÉNDEZ, DON FELICIANO. Pasada de JUANITO y la pareja de la Guardia civil.—Luego DOÑA NICASIA y CARLOS

FEL. Señor de Menéndez. (Desde la ventana del chaflán.)

MEN. ¿Eh? ¿Dónde? (Mirando al balcón.)

FEL. Aquí, en la ventana.

MEN. ¡Ah! Mándeme usted. (Se acerca á la ventana, quedando oculto del resto de la escena.)

FEL. ¿De cuánto ha dicho usted que es la deuda?

MEN. De cuarenta duros, señor Cura; no se contenta con un céntimo menos. (Pasada cómica de Juanito de izquierda á derecha, como huyendo.—Cuando llega al foro derecha, aparece foro izquierda la pareja de la Guardia civil, que vá de marcha.)

CAR. (Que sale de la casa, después de desaparecer la Guardia civil.) Vamos, señora, ande usted, por Dios, sin que mi tío se entere... (En voz baja.)

NIC. Voy, don Carlitos; no se impaciente usted.

CAR. Que no vaya usted á perder ahora ese dinero.

NIC. ¡Quiá! No hay cuidado.

CAR. Lo que sobra de los cuarenta duros, es para que tome usted el billete á Madrid.

NIC. Ay, Don Carlitos, es usted el hombre más generoso... y más...

CAR. Gracias, gracias. Voy á llamar al criado, para que la acompañe á usted á la estación. (Vase á la huerta.)

NIC. Bueno, como usted guste. (Durante este diálogo de Carlos y doña Nicasia, don Feliciano habrá estado en la ventana contando el dinero, que entrega á Menéndez.)

NIC. (¡Y que tenga que marcharme sin despedirme de Menéndez!)

FEL. Ahí tiene usted. Treinta duros en oro y dos billetes de á veinticinco pesetas. (A Menéndez.)

MEN. Muchísimas gracias, señor Cura. (Cogiendo el dinero.)

NIC. (¿Eh?) (Oyendo la voz de Menéndez.)

FEL. No hay por qué, hombre, no hay por qué. (Cierra la ventana.)

ESCENA XI

DOÑA NICASIA y MENÉNDEZ

MEN. (¡Lástima de dinero! ¡Unas moneditas tan flamantes y tan relucientes, para esa tía gro-

sera!) (Viniendo al centro de la escena y contemplando las monedas.)

NIC. (Dándole un manotazo en el hombro.) ¡Quede usted con Dios, *so-tío!*

MEN. Oiga usted, ¡so... sobrina! A mí no me venga usted con indirectas. ¡Aquí tiene usted su dinero!

NIC. ¡Eh!

MEN. No quiero cuentas con usted.

NIC. Pero...

MEN. Ahí van los cuarenta duros. ¡Y en oro! Como usted no se lo merece.

NIC. Pero, si ya...

MEN. ¡Vamos, vamos, guárdeselos usted y quítese de mi vista, que no tengo ganas de conversación!

NIC. Bueno, vengan. (Tomando el dinero.) Ya que usted se empeña.

MEN. ¡Ea! ¡Estamos en paz! ¡Ya puede usted tomar soleta! ¡A Madrid, á Madrid! ¡A matar de hambre á los pupilos!

NIC. ¡Cómo matar! (Furiosa.)

MEN. (Cogiendo una silla.) Lárguese usted pronto ó no respondo de mí.

NIC. ¡Voy, voy! ¡No se sulfure usted! (Yéndose.) (Es muy capaz de... ¡Ochenta duros! No se ha perdido el viaje.) ¡Adiós, murguista! (Desde el foro izquierda. Vase.)

MEN. Adiós. . (Buscando el insulto.) ¡patrona! ¡Qué dignidad y qué energía le dá á uno el dinero! ¡Ay, gracias á Dios! Tenía razón don Celestino. El que paga, descansa.

ESCENA XII

MENÉNDEZ, CARLOS y RAFAEL

RAF. (Que sale de la huerta hablando con Carlos.) No seas majadero, tu tío no se ha disgustado tanto como tú crees.

CAR. (Corriente, como quieras.) (Mirando á todos lados.) No está. Diga usted, Menéndez, ¿y doña Nicasia?

MEN. Acaba de marcharse.
CAR. Me alegro.
MEN. Mejor dicho, acabo de despedirla.
CAR. Pero, ¿se ha ido sola á la estación?
MEN. Sola, no; con cuarenta duros.
CAR. Oiga usted, amigo Menéndez, supongo que á usted no le habrá ofendido...
MEN. ¿El qué?
CAR. El que yo le haya dado ese dinero.
MEN. ¿A quién?
CAR. A la patrona.
MEN. ¿Que usted?...
CAR. Sí, señor. Le dí los cuarenta duros de usted y un pico para el viaje.
MEN. ¡Pues si acabo yo ahora mismo de darle otros cuarenta, que me prestó su tío de usted!
RAF. ¿Qué?
CAR. ¿Es posible?
MEN. ¡Y tan posible! ¡Se ha largado con ochenta duros! ¡No, pues eso sí que no!
CAR. ¡Pero, Menéndez!
RAF. ¿A dónde va usted? (Riéndose.)
MEN. (Dirigiéndose al foro en ademán trágico.) ¡A estrangular á una patrona! (Corriendo, tropieza con Juanito que aparece en la puerta de la empalizada.) Usted perdone, señor Cura. (Vase Menéndez por la izquierda.)
CAR. Pero, ¿has visto? (A Rafael.)
RAF. ¡Anda! ¡Ahora el otro! (Por Juanito.)
CAR. (¡Dichoso viajecito!) (Vase á la casa.)

ESCENA XIII

RAFAEL y JUANITO

JUA. (Desde la puerta.) ¿Se puede?
RAF. Sí, pase usted sin temor.
JUA. (Entrando.) ¡Caramba, no gana uno para sustos! Ahí abajo me alcanzó la pareja de la Guardia civil. Dos hombres como dos castillos.
RAF. ¿Sí? ¿Y qué le dijeron á usted?

JUA. Pues me dijeron: «Buenas tardes, señor coadjutor.» Y se me ofrecieron muchísimo. Pero yo me temí que me pidieran la cédula, y entonces me gano una paliza.

FEL. (Dentro.) Sí, señora; ahora mismo.

JUA. ¡Dios mío! ¡El cura otra vez!

RAF. Pero...

JUA. Me voy, me voy. No quiero que me encargue otra cosa de la iglesia.

RAF. Por aquí, venga usted conmigo. (Traspiés de Juanito.) ¡Cuidado!

JUA. Hoy me estrello, créame usted.

RAF. ¡Andando, valiente! (Vanse á la huerta.)

ESCENA XIV

DON FELICIANO y luego POLICARPO, más tarde DON RUPERTO

FEL. ¡Pobre señora, me da pena verla! Voy ahora mismo á casa de don Ruperto.

POL. Felices, señor cura. (Que viene del foro derecha.)

FEL. ¡Gracias á Dios! ¿Por dónde andas?

POL. Vengo de casa del médico.

FEL. ¿Sí? ¿Y le has visto?

POL. No, señor. Dice la *señá* Telesfora que no ha vuelto *entoavía* desde que salió esta mañana.

FEL. (¡Malo!) Pero, ¿se ha ido á pié ó se ha llevado el Morucho?

POL. ¡Toma! Pues no lo sé. He *venío* antes á echar el pienso al Tordillo y me encontré con que estaba *cerrá* la puerta de la cuadra, y por eso fuí á casa del médico, por si acaso al marcharse se había *llevao* la llave *distraiamente*.

FEL. A ver si sirve alguna de estas. (Se dirige á la casa.)

POL. Deje usted, si subo por ahí, por la ventana del pajar, y luego descorro por *drento* los *pasaores* de la puerta. (Coge una silla y la coloca debajo de la ventana.)

FEL. No vayas á caerte.

POL. ¡Quiá! Si ya me he *subío* muchas veces.

FEL. (¿Y dónde encontraré yo ahora á ese hombre?)

POL. (Poniéndose sobre la silla.) ¡Verá usted qué bien! (Tira de la cuerda que está atada al pestillo de la ventana, y se abre ésta. Aparece don Ruperto.) ¡Jesús!

FEL. ¡Don Ruperto!

RUP. ¡Gracias á Dios, hombre; gracias á Dios! (Furioso.)

FEL. ¿Usted ahí?

RUP. ¡Claro! ¿Por dónde quería usted que saliera?

FEL. ¡Jesús me valga!

RUP. ¡Tres horas me han tenido ustedes metido entre caballerías!

FEL. ¡Castigo de la Providencia, señor don Ruperto!

RUP. Bueno, como usted guste; pero sáquenme ustedes pronto de aquí.

POL. ¡Si se ha *perdío* la llave!

RUP. Pues traigan ustedes una escalera.

FEL. Vete por ella. (A Policarpo.)

POL. Voy. (Vase á la huerta y vuelve luego con una escalera.)

FEL. (¡Que Dios me ilumine!) ¡Don Ruperto! Señor don Ruperto!

RUP. ¿Qué hay?

FEL. ¡Mentira parece que usted, un hombre formal, un hombre de ilustración, un hombre sabio, porque usted es un sabio...

RUP. Gracias.

FEL. Haya podido faltar ni por un momento á los sacratísimos deberes contraídos al pié del altar... El matrimonio es un sacramento—*sacramentum magnum*, - como le llamaba San Pablo.

RUP. Bueno, hombre, ya lo sé. (Impaciente,)

FEL. ¡Ah, señor don Ruperto!

RUP. (¡Dale!)

FEL. ¿Es así como cumple usted sus sagrados juramentos? ¿Es así como se propone merecer la gracia divina en este mundo y subir luego á la...

RUP. Déjeme usted de subir. Si lo que yo quiero ahora es bajar, bajar cuanto antes.

POL. Aquí está la escalera. (Saliendo de la huerta.)
RUP. ¡Gracias á Dios!
FEL. Dame acá. (Cogiendo la escalera.)
RUP. Pronto, señor Cura.
FEL. Antes prométame usted. .
RUP. Todo lo que usted quiera. Me someto á su voluntad. (Don Feliciano apoya la escalera en el antepecho de la ventana.) (Que yo me vea abajo, que luego)... (Don Feliciano habla al oído á Policarpo.)
POL. (Que ha comprendido la orden.) *Entendío*, sí, señor.) (Va corriendo á la casa.)
FEL. Espere usted, que no está bien apoyada la escalera...
RUP. ¡Cuidado! Afírmela usted bien. (De espaldas y buscando inseguro los pasos de la escalera.) (Me voy á estrellar. Ya no estoy yo para estos ejercicios.)
FEL. ¡Ah, señor don Ruperto! (Como antes.)
RUP. (Y vuelta allá.) (Empieza á bajar muy despacio.)
FEL. ¡Cómo olvidamos nosotros, pobres pecadores, que Dios vigila nuestros actos desde arriba, y que arriba... (Don Ruperto levanta la pierna sin encontrar el paso.) Más abajo. (Con naturalidad.)
RUP. ¿En qué quedamos? ¿Arriba ó abajo? (Con la pierna en el aire.)
FEL. Ahí. Apoye usted ahora. (Volviendo al sermoneo.) Pero Dios, en su suprema bondad, olvida las ofensas, y vertiendo la luz en nuestras almas, dirige nuestras conciencias y guía nuestros pasos.
RUP. (Pues me parece que los míos...)

ESCENA XV

DICHOS y DOÑA PETRONILA

FEL. (¡Ah, ella!) (Aparece en la puerta de la casa doña Petronila. Don Feliciano le hace seña de que se acerque. Don Ruperto sigue bajando.) Baje usted, baje usted sin temor. (A don Ruperto.)

RUP. (¡Claro! El batacazo ya no puede ser grande.) (Doña Petronila, dominando su carácter, aparenta gran mansedumbre.)

FEL. ¡Ande usted, el último paso!

RUP. Voy, voy. (Bajando al suelo.) ¡Por fin, y sin caerme! (Al volverse se encuentra frente á doña Petronila.) (¡Ay! Ya me he caído.) (Cae de espaldas sobre la escalera.) (1)

PET. ¡Ruperto! ¡Esposo mío! (Con ternura algo exagerada.)

FEL. Ahí la tiene usted. ¡Tierna y sumisa! ¡Amorosa y suplicante! (Ande usted, señora, ande usted.)

PET. (¡Si me fuera á llevar de mi genio!) (Conteniéndose de pronto.) (2) ¡Qué felicidad tan inesperada! El amor unió nuestros corazones; pudo separarlos la fatalidad, pero hoy la Providencia los une otra vez, y ya no han de separarse nunca.

FEL. (¡Así, así!) (Animando á doña Petronila.)

PET. Pero, ¡es posible, Ruperto de mi alma, que no me hayas dirigido ni una mirada siquiera! ¡Soy yo! ¡Soy tu esposa! ¡Levanta esa cabeza!

FEL. (¡Ahí le duele, ahí le duele!)

PET. Pero, ¿no dices ni una palabra?

RUP. Yo... tú... (Sin atreverse á mirarla.)

FEL. ¿Y ante estas pruebas de cariño y de mansedumbre vacila usted todavía? ¡Ah, señor don Ruperto!

RUP. ¡Basta, señor Cura! ¡Basta por Dios! No me sermonee usted más. Aquí me tienes. (A doña Petronila.) Haz de mí lo que quieras.

PET. ¡Ay, Ruperto de mi alma! (¡Pero cómo ha envejecido este hombre!) (Se abrazan.)

RUP. ¡Ay, Petronila de mi!... (¡Pero cómo ha afeado esta mujer!)

FEL. (3) ¡Bendito sea Dios, que me ha iluminado en estos momentos tan difíciles, atrayéndoles á la senda del bien, y sellando para siem-

---

(1) Don Ruperto—Don Feliciano—Doña Petronila.

(2) Don Ruperto—Doña Petronila—Don Feliciano.

(3) Don Ruperto—Don Feliciano—Doña Petronila.

pre su eterna felicidad y la de sus hijos! Es decir, no sé si...

PET. No tenemos, no, señor.

FEL. Bueno, para cuando los tengan.

RUP. (¡Sí, á buena hora!)

FEL. ¡Abrácense ustedes, abrácense ustedes otra vez, y que Dios les bendiga! (1)

PET. (¡Que buena falta nos hace!)

ESCENA XVI

DICHOS, RAFAEL, DON CELESTINO, CLOTILDE y PURA. Los dos primeros desde la puerta de la huerta, y las dos últimas desde la de la casa, han oído las últimas palabras de la escena anterior

FEL. ¡Vengan ustedes todos acá, y contemplen á esos esposos felices! ¡Esa es mi obra!

CLOT. ¡Ay, qué gusto!

RAF. ¡Que sea muy enhorabuena!

PET. Venid acá, hijas mías. Este es el tío de quien tantas veces os he hablado.

CLOT. ¡Tío!

PURA ¡Tío!

RUP. ¡Sobrinas! (Se abrazan.)

RAF. (Aparte á don Feliciano.) Oiga usted, señor Cura. Ese tío será rico, ¿eh?

FEL. ¿Quién?

RAF. El médico.

FEL. ¡Ya lo creo! Tiene varias fincas, y mucho dinero dado á interés.

RAF. Gananciales, ¿eh?

FEL. Naturalmente.

RAF. ¿Sí? (Me caso con Clotilde.)

PET. ¡Ay, Ruperto!

RUP. ¡Ay, Petronila!

RAF. (Esta es la ocasión.) (Vase corriendo á la huerta.)

FEL. (Voy á buscar á Carlos. Necesito darle esta buena noticia.) (Vase á la casa.)

PET. ¡Ay, esposo de mi alma! ¡Qué felices vamos á ser! ¡Pero, no pongas esa cara, hijo! ¡Cualquiera diría que estás á disgusto!

---

(1) Don Ruperto, doña Petronila, don Feliciano

RUP. No, mujer, pero déjame un momento. ¡Yo tengo mis asuntos! Necesito ir á mi casa.

PET. ¿A tu casa? ¡A la nuestra! Ya iremos luego, no te impacientes. ¡Jesús! ¡Parece que te has tragado un molinillo! (Con aspereza.)

RUP. (¡Esta me tira otra sopera!)

ESCENA XVII

DON RUPERTO, DOÑA PETRONILA, CLOTILDE, PURA, DON CELESTINO, RAFAEL y JUANITO

RAF. (Que trae como á remolque á Juanito, que oculta la cara todo lo posible.) ¡Vamos, venga usted, sin temor! (Baja con él hasta el proscenio izquierda.)

PURA (¡Juanito!)

CLOT. (¡No temas!) (A Pura.)

PET. ¡Ay, un sacerdote!

JUA. («Padre nuestro que estás en los cielos...»)

RAF. (¡No tenga usted miedo!) (A Juanito.)

PET. Buenas tardes, señor Cura.

JUA. («Dios te salve María...») (Sin volver la cara.)

PET. (¡Ah, está rezando!) (1)

RAF. Señora, hoy es día de reconciliaciones. Es preciso que se olviden todas las ofensas y todos los disgustos.

PET. Crea usted que por mí...

PURA (¡Ay, Juanito!) (A su lado.)

JUA. (A Pura.) («Bendita tú eres entre todas las mujeres.»)

PET. Hoy soy completamente feliz.

RAF. ¡Pues, bien! Señora, pido á usted solemnemente la mano de Pura.

PET. (Abrazándole.) ¡Ay, hijo mío! ¡Cuánto me alegro! Ya decía yo que ustedes dos acabarían por entenderse.

RAF. No es eso, señora. La mano de Pura no la pido para mí, sino para éste. (Por Juanito, que no se atreve á volver la cabeza.)

PET. ¡Para ese! (Con extrañeza.)

---

(1) Don Celestino, don Ruperto, doña Petronila, Clotilde, Rafael, Juanito, Pura.

RAF. (Volviéndole.) ¡Mírele usted!

PET. ¡Juanito! (Sorprendida.)

RUP. (¡El Coadjutor!)

RAF. ¡Sea usted compasiva! Los dos se quieren...

PET. ¡Pero, hijo, por Dios! Yo no entiendo este lío. ¿Cómo ha de casarse el señor, si pertenece á la carrera eclesiástica?

RAF. Si ese traje no es suyo; es un disfraz que yo le he proporcionado.

JUA. Sí, señora. Por dentro soy seglar.

PET. Pues, nada. Dice bien Rafaelito. Hoy es día de reconciliaciones. ¡Cásense ustedes!

PURA ¡Tía de mi alma! (Abrazándola.)

JUA. ¡Ay, qué felicidad! (Tropieza en el manteo, y abraza estrechamente á Rafael.)

PET. (A Pura.) ¡Pero, niña, y yo que creí que querías á Rafael!

JUA. (Muy contento.) Pues, no, señora. ¡A quien ella quiere es á este cura! (Va á sentarse con Pura en el banco, debajo de la ventana.)

RAF. ¡Vaya otra petición! Ahora me toca á mí. Pido á usted solemnemente la mano de Clotilde.

PET. ¿Qué? ¿La mano de?...

CLOT. ¡Sí, señora, la mía!

PET. Pero, hija, ¿y Carlitos?

CLOT. ¡Carlitos no se casa con nadie, desengáñese usted.

PET. Bueno, bueno; pues ¡cásense ustedes! Es decir, si mi esposo... porque ahora tengo esposo.

RUP. ¡Sí, que se casen, y que sean tan felices como yo para mí deseo!

PET. Tú serás feliz, vida mía. ¿Por qué no has de serlo? (A don Ruperto.)

CEL. (¡Pues, señor, se dan bodas!) (Doña Petronila y don Ruperto se sientan á la derecha, Rafael y Clotilde en el brocal del pozo. Juanito y Pura muy melosos, en el banco debajo de la ventana.)

ESCENA XVIII

DICHOS, DON FELICIANO y CARLOS que salen de la casa

FEL. (¡Sí, hijo, sí!) ¡Estoy contento! ¡Pero muy contento! ¿Lo ves? (Indicando á don Ruperto y doña Petronila.) ¡Aquel matrimonio me deberá siempre su felicidad! Déjalos. No les interrumpamos. (Se dirige á sentarse en el banco de la ventana.)

PURA (¡Juanito de mi alma!)

JUA. (¡Purita de mi corazón!) (Besándole una mano.)

FEL. (Viéndolos.) (¡Jesús!)

JUA. ¡Te quiero más que á mi vida! (Abrazando á Pura, y sin ver á don Feliciano.)

FEL. (Adelantándose, y con gran severidad.) ¡¡Señor Coadjutor!!

TODOS ¿Eh? (Acercándose.)

JUA. ¿Qué Coadjutor? ¡Si yo no soy Coadjutor! (Muy contento.)

FEL. ¡Qué escándalo!

PET. Señor Cura, si es el novio de la niña.

FEL. ¿Eh?

PET. Si ese traje es una broma de don Rafaelito.

FEL. ¡Broma ó no broma, el señor ha dicho la misa de ocho, y ha rezado el rosario!

JUA. ¡Quiá! ¡No, señor! ¡Todo eso lo habrá hecho el otro.

FEL. ¿Qué otro?

JUA. Otro sacerdote que ha estado aquí antes á saludar á usted.

FEL. ¡Ah! ¡Vamos! (Tranquilizándose.)

RAF. Perdone usted, señor Cura. Ese traje es de usted. Yo me he tomado la libertad...

FEL. (Ya decía yo que le estaba muy largo el manteo.) (A Juanito y reprochándole severamente.) ¿Con que ha estado usted engañándome?

JUA. Sí, señor; pero...

FEL. ¡Burlándose de mí!

JUA. No, eso no...

FEL. Pues eso está muy mal hecho; pero muy mal hecho, señor Coadj... digo...

JUA. Juan Pérez García, servidor de usted.

FEL. Merecía usted ahora, señor don Juan, que yo, en pago de su atrevimiento... (Fingiendo incomodarse.)

JUA. Tiene usted razón, sí, señor. (Compungido.) Merezco que usted... (Llorando cómicamente.)

FEL. ¡No se aflija usted, tonto, si esto es una broma! Yo también soy bromista. ¡Pero quítese usted ese traje! Con esas cosas no se juega.

JUA. ¡En seguida, sí señor! (Se quita el traje de cura.)

FEL. Señores, vamos á dar un paseo por el pueblo. Quiero que ustedes lo conozcan!

TODOS ¡Vamos, vamos!

FEL. Pero, ¿y el músico? ¿Por dónde anda el señor de Menéndez?

PET. Estará comiendo fresones.

RAF. Se ha marchado furioso detrás de doña Nicasia.

CEL. ¡Aquí esta ya!

ESCENA ULTIMA

DICHOS y MENÉNDEZ, foro izquierda, jadeante y con señales de haber sostenido una lucha

RAF. ¡Menéndez!

PET. ¡Cómo viene este hombre!

FEL. ¡Venga usted acá!

MEN. Déjenme ustedes, déjenme ustedes tomar aliento.

FEL. Pero, ¿qué ha pasado? (Todos le rodean.)

MEN. ¡Nada! ¡Al fin patrona! ¡Lo que yo he corrido! Pero la cogí junto al puente, cerca ya de la estación, y allí... (Indica la lucha.) Señor Cura, tome usted su dinero.

FEL. Pero, oiga usted.

MEN. Don Carlos, ahí van sus cuarenta duros. (Sacándolo de otro bolsillo.)

CAR. ¿Cómo? ¿También le ha quitado usted esto?

MEN. Sí, señor. Y no le he quitado la cara, porque se interpuso un peón caminero. Se ha quedado sin lo uno y sin lo otro. ¡Ahora que reclame al Nuncio! ¡Ay, usted perdone! (A don Feliciano.)

FEL. Le perdono á usted, pero con una condici ón

MEN. ¿Cuál?

FEL. Que ha de aceptar usted, por lo menos, estas monedas de oro.

MEN. ¡Señor Cura! (Fingiendo no querer aceptarlas.)

FEL. Mire usted que voy á incomodarme por primera vez en mi vida. No se las doy al hombre. Se las regalo al artista.

MEN. ¡Ah! ¡Siendo así! (Las toma.) (Y luego hablan de los pueblos. ¡En mi vida he visto en Madrid tantas monedas de oro reunidas!) (Se oye algo lejos un clarinete, un figle y un tambor, tocando una pieza cualquiera.)

VARIOS ¿Eh? ¿Qué es eso?

MEN. ¡Música!

FEL. ¡El baile de la plaza! ¡Vamos allá!

PET. ¡Ay, Ruperto!

RUP. ¡Ay, Petronila!

PET. ¡Ya no nos separaremos nunca!

RUP. ¡Nunca!

FEL. (A don Ruperto y á doña Petronila.) ¡Así! ¡Del brazo! ¡Como Dios manda! ¡Y usted con su futura! (A Juan y á Pura.)

RAF. Y yo con la mía.

FEL. ¡Cómo! ¿También usted?

PET. Sí, señor. ¡Bendito sea el momento en que se nos ocurrió venir á Villuela!

FEL. ¡Dichosos ustedes si han conseguido aquí el bien que tanto anhelaban, y dichoso yo si he contribuído en algo á la eterna felicidad que con el alma les deseo! (Menéndez ofrece el brazo al señor Cura. Todos se dirigen al foro, Sigue la música.—Telón.)

FIN DE LA COMEDIA